

**Las guerras en Hispania y su importancia
para la carrera militar de Aníbal, de Escipión
el Africano, de Mario, de Cn. Pompeyo,
de Sertorio, de Afranio, de Terencio Varrón,
de Julio César y de Augusto**

J.M. BLÁZQUEZ
(De la Real Academia de la Historia)

Aníbal, Escipión el Africano, Cayo Mario, Gneo Pompeyo y César, entre otros magníficos generales, tuvieron sus primeras experiencias militares en campañas durísimas cuyo escenario fue la Península Ibérica. Estas guerras fueron maestras de grandes personajes en el arte de la guerra. En las páginas siguientes trataremos de glosar su genio militar, insistiendo en la importancia que tuvo el solar hispano en la afirmación de sus carreras.

ANÍBAL

Cuando en 237 a.C. desembarcó Aníbal con su padre Amílcar Barca en Cádiz tenía 9 años, y había presenciado ya de muy niño la feroz guerra de los mercenarios (239-238 a.C.) que estuvo a punto de arruinar a Cartago por completo, así como a sus dominios norteafricanos. En esta guerra Amílcar Barca obtuvo importantes victorias sobre la marcha de la guerra. El joven Aníbal asistió, pues, a las campañas que su padre realizó en la cuenca del Betis contra los tartesios e iberos (por iberos y tartesios hay que entender las poblaciones de la Baja Andalucía, ya que toda la acción militar

del general cartaginés se desarrolló en este valle)¹. Los soldados contra los que lucharon los Bárquidas son los representados en las figuras de jinetes e infantes de Obulco, de Carmona y de Hollagonzalo. Su actividad duró desde el 237 hasta el 228 a.C.

El historiador Diodoro de Sicilia (25, 10) es la principal fuente

¹ Sobre los Bárquidas, y sobre Aníbal en Particular: S. Lancel, *Aníbal*, Barcelona 1997. P. Barceló, *Karthago und die Iberische Halbinsel vor der Barkiden*, Bonn 1987. Id., *Aníbal de Cartago*, Madrid 2000, 47-101. Sobre Aníbal como general: E. Bradford, *Hannibal*, Herfordshire 2000. Sobre las guerras anibálicas: G. de Beer, *Aníbal. La lucha por el poder en el Mediterráneo*, Barcelona 1969; y particularmente ahora: J. Peddie, *Hannibal's War*, Gloucestershire 1997. Sobre Hispania como teatro de operaciones de los Bárquidas: J.M. Blázquez, *Historia de España. I. Protohistoria*, Madrid 1980, 439-463. Id. *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*, Madrid 1992, 491-523. J.M. Blázquez y M.P. García Gelabert, "Los cartagineses en Oretania. El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura", 33-53. M.P. García Gelabert y J.M. Blázquez, "Los cartagineses en Turdetania y Oretania", *HAnt.* 20, 1996, 7-21. C. González Wagner, "Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica", *Gerión* 17, 1999, 263-294. Id. "The Carthaginians in Ancient Spain: From administrative trade to territorial annexion", en H. Devijver, E. Lipinski (eds.), *Punic Wars. Proceedings of the Conference held in Antwerp 1988*, Lovaina 1988, 145-156. J.M. Blázquez, J. Alvar, C. González Wagner, *Fenicios y Cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid 1999, 632-654. C. González Wagner, *Cartago, una ciudad, dos leyendas*, Madrid 2000; A. González Blanco y J.L. Cunchillos, M. Molina (eds.), *El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura*, Murcia 1994, principalmente el trabajo de P. Barceló titulado "Relaciones entre los Bárquidas y Roma antes del inicio de la segunda Guerra Púnica", 17-33. W. Huss, *Los Cartagineses*, Madrid 1993, 84-282. M. Bendala, *Los cartagineses en España. Historia General de España y América*, 1-2, Madrid 1987, 38-144. AA.VV., *Cartago, Gadir, Ebusus, y la influencia púnica en los territorios hispanos*, Ibiza 1994. G. Chic, "La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218", *Habis* 8-9, 1977-1978, 233-242. R. Corzo, "La segunda guerra Púnica en la Bética", *Habis* 7, 1976, 213-240. J. Gómez de Caso, *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a.C.)*, Alcalá de Henares 1996. A. Mira Guardiola, *Cartago contra Roma. Las guerras púnicas*, Madrid 2000. Ju.B. Tsirkin, "The downfall of Tartessos and the Carthaginian establishment, in the Iberian Peninsula", *RSF* 33.2, 1996, 141-152. E. González Cavrioto, "La administración local en la Hispania cartaginesa según las fuentes literarias", en *VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, 2, Madrid 1983, 7-17. J.L. López Castro, "Cartago y la Península Ibérica, ¿Imperialismo o hegemonía?", *V Jornadas de arqueología fenicio-púnicas. Tiro y el auge de Cartago*, Ibiza 1991, 73-84. J.S. Richardson, *Appian: Wars of the Romans in Iberia*, Warminster 2000. Sobre Cartago en época de Aníbal, G.C. Charles Picard, *Carthage au temps d'Hannibal, IIIe siècle avant Jésus-Christ*, París 1958. Sobre estrategias y batallas de la Segunda Guerra Púnica: Y. Le Bohec (ed.), *Histoire militaire des Guerres Punique*, París 1996.

de información sobre estas campañas, en las que debió de participar al lado de su padre el joven Aníbal, o, al menos, le acompañó en sus marchas y expediciones, siguiendo muy de cerca los hábitos militares, los contactos diplomáticos y la vida de campaña. El muchacho también iba observando y aprendiendo las costumbres de los pueblos indígenas con los que entraban en contacto. El gran historiador Polibio (2, 15) informa que los cartagineses reunieron un ejército y que le enviaron a la Península Ibérica a las órdenes de Amílcar, que llegó con sus naves hasta Cádiz, y que penetrando en el país, sometió a muchos pueblos ibéricos, unos por la fuerza y otros por negociaciones. Un combate al que se lanzó con mucha temeridad le costó la vida. Diodoro, por su parte, escribe que luchó contra los iberos y los tartesios, y concretamente contra los jefes celtas Istolacio e Indortes, a los que venció, incorporando a sus tropas 3.000 prisioneros, dejando en libertad a otros 10.000. Fundó dos ciudades, una de ellas Acra Leuca² –que no se corresponde con la ciudad de Alicante, como se había venido sosteniendo– situada en algún lugar del valle de Betis, quizás en territorio oretano, ya que murió en la lucha contra el rey Orisón. Diodoro puntualiza que Asdrúbal y Aníbal acompañaban contantemente a Amílcar Barca. La conquista de la vega del Betis permitió disponer a los cartagineses de las minas más ricas de Sierra Morena, y con los ingresos que les proporcionaba su explotación podían pagar la indemnización de guerra a Roma, impuesta al final de la Primera Guerra Púnica (269-241 a.C.), que ascendía a 2.200 talentos anuales, durante diez años. Este motivo de satisfacer el tributo a Roma fue la razón esgrimida por Amílcar a los embajadores romanos que le visitaron en la Península Ibérica pidiéndole explicaciones por sus acciones militares, según indica Dió Casio (12, fr. 48).

En la formación militar y política de Aníbal durante los años de gobierno de su padre, caben destacar varios aspectos importantes:

² L. Abad, *Los orígenes de la ciudad de Alicante*, Alicante 1984. El autor demuestra que Acra Leuca no puede ser la actual Alicante.

su participación en las guerras así como en la política emprendida por Amílcar con los pueblos indígenas vencidos, matando a los jefes de los celtas, que probablemente eran celtíberos, e incorporando a su ejército a los soldados vencidos o liberándolos. También aprendió Aníbal el arte de la diplomacia –a veces más efectivo que el de las armas– que él mismo practicaría más adelante con los pueblos hispanos.

Aníbal en estas guerras que tuvieron como fin y resultado la conquista del valle del Betis, se pone en contacto por vez primera con los celtíberos, que actuaban como mercenarios de los turdetanos, al decir de Diodoro, y aceptado por Livio (34, 19). La presencia de celtas en el sur está bien documentada por la toponimia y por la onomástica³, así como por la arqueología, en los relieves de soldados y jinetes de Obulco (Porcuna) fechados en la segunda mitad del siglo V a.C.⁴ que llevan armas típicas de la cultura del Tajo-II, aunque el gran especialista en el armamento

³ J.M. Blázquez, “La proyección de los pueblos de la Meseta sobre Turdetania y el Levante ibérico en el primer milenio a.C.”, *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1979, 421-434.

⁴ Antonio Blanco Freijeiro. *Opera Minora Selecta*, Sevilla 1996, 548-563. J.M. Blázquez, *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*, 397, 399-406. J.A. González Navarrete, *Las esculturas de Porcuna*, en A. García y Bellido, *Arte Ibérico en España*, Madrid 1980, 73-78. Id., *Escultura Ibérica del Cerrillo Blanco, Porcuna (Jaén)*, Jaén 1987. J.M. Blázquez, M.P. García Gelabert, “Connotaciones meseteñas en la panoplia y ornamentación plasmadas en la escultura de Porcuna (Jaén)”, *Zephyrus*, 1988, 411-418. J.M. Blázquez, J.A. González Navarrete, “Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén)”, *Goya* 205-206, 1985, 11-14. Id. “The Phokaian Sculpture of Obulco, Southern Spain”, *AJA* 89, 1985, 61-69. Id., “Der Einfluss der griechischen Kunst des 5 und 4 Jh. v. C. auf die Kunst Turdetaniens (Sudspanien)”, *XIIIth international Congress of Classical Archaeology*, Atenas 1983, 48-52. I. Negueruela, *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*, Madrid 1990. M.P. García Gelabert, “Relaciones entre la Meseta y Oretania con anterioridad a la conquista de la Península Ibérica por Roma”, *HAnt.* 17, 1993, 95-118. Sobre el armamento de los pueblos prerromanos de la Meseta y de Galicia es fundamental la obra de W. Schüle, *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel. Mediterrane und eurasische Elemente in frühzeitlichen Kulturen Südwesteuropas*, Berlín 1969. Ver también: J.M. Blázquez, M.P. García Gelabert, “Estudio del armamento prerromano en la Península Ibérica a través de las fuentes y de las representaciones plásticas”, *HAnt.* 14, 1990, 91-115.

ibero, el profesor F. Quesada⁵, duda de esta atribución. Los celtíberos son parte fundamental del ejército que, a las órdenes de Aníbal, guerreó en Italia y en el norte de África. Aníbal conoció durante estos años las fabulosas riquezas obtenidas por los pueblos indígenas del sur peninsular por la explotación de las minas.

El geógrafo griego Estrabón, que escribió en tiempos de Augusto, en el libro tercero de su *Geografía*, que es la base de nuestros conocimientos sobre los pueblos de la Hispania Antigua, recoge la leyenda (3, 2, 14) de que cuando los cartagineses desembarcaron en la Península Ibérica a las órdenes de Amílcar Barca, se encontraron con que los turdetanos utilizaban toneles y pesabres de oro. El historiador Cornelio Nepote (*Amilc.* 4) aporta un dato interesante de la política seguida por Amílcar, cual es que enriqueció toda África con caballos, armas, hombres y dinero, y que concibió el proyecto de llevar la guerra a Italia. Lo mismo escribió el historiador hispano de la Antigüedad Tardía, Orosio (4, 13, 1): “secretamente preparaba una guerra contra los romanos”. De ser cierta esta noticia, la idea de declarar la guerra a Roma no corresponde atribuirle a Aníbal sino a su padre. Más probable es que viniera a Hispania para poder pagar la deuda impuesta en la Primera Guerra Púnica, pues Apiano (*Iber.* 5) confirma que el botín obtenido lo dividía en dos partes: una para los soldados con el fin de tenerlos contentos y siempre dispuestos a combatir a su lado, y otra parte para los notables de las ciudades favorables a su

⁵ F. Quesada, *Porcuna, Cástulo y la cuestión del supuesto carácter meseteño indoeuropeo o céltico de su panoplia: el armamento ibérico. II Congreso de Arqueología peninsular, III. Primer milenio y metodología*, Zamora 1996, Zamora 1999, 425-439, cree que es armamento ibérico. J.M. Blázquez, M.P. García Gelabert, *Estudio del armamento prerromano en la Península Ibérica a través de las fuentes y de las representaciones plásticas*, *HAnt.* 14, 1990, 91-115. F. Quesada, *Armamento de supuesta procedencia meseteña en las necrópolis ibéricas de Murcia. Necrópolis Celtibéricas, II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza 1990, 231-240. Id. *El armamento ibérico*, Madrid 1996. Id. *Armamento. Guerra y Sociedad en la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Mula, Murcia, España)*, I-II, Oxford 1989. Id., *Armamento Ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólica de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Montagnac 1997.

causa.

A la muerte de Amílcar, le sucede al frente del ejército cartaginés su yerno Asdrúbal, que estuvo ocupado de los asuntos militares en la Península Ibérica durante ocho años, desde el 228 al 221. Los escritores antiguos se hacen eco de los principales aspectos de la política seguida por el segundo de los Bárquidas, con el que colaboró su cuñado Aníbal. Diodoro (25, 11) escribe que “Asdrúbal, viendo que la mansedumbre era más práctica que la violencia, prefirió la paz a la guerra”; y más adelante (25, 12) dice que fue proclamado general por el ejército y por los cartagineses, que reunió 50.000 soldados bien entrenados, 6.000 jinetes y 200 elefantes, venciendo al rey Orisón y a los culpables de la muerte de su suegro, y que recibió la sumisión de sus ciudades, en número de 12, y, finalmente, sometió a todas las de Iberia. Estas ciudades que ahora quedaban bajo su dominio debían situarse en el valle del Betis, que era una región muy poblada. Según Estrabón (3, 2, 1) había allí 200 ciudades, y según Plinio (3, 7) había 175. Diodoro añade que Asdrúbal casó con la hija de un rey ibero y que fue proclamado general con plenos poderes. Finalmente fundó Carthago Nova, cuyo puerto natural pasó a ser el mejor de toda la costa ibérica (Str. 3, 4, 6), próximo además a las minas de plata más ricas de todo el Occidente mediterráneo (Str. 3, 2, 10), las cuales, en la época en que fueron visitadas por Polibio, rentaban al senado y al pueblo romano 23.000 dracmas al día, y donde trabajaban 4.000 esclavos⁶. Carthago Nova estaba próxima a la fábricas de salazón (Str. 3, 4, 9; Plin. 31, 94) y de los

⁶ J.M. Blázquez, *Economía de la España Romana*, Bilbao 1977, 253-306. Id. *Cástulo, capital of the mining district of Oretania*, Oxford 1984, 396-409. Id. *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, 524-544. Id., *Administración de las minas en época romana. Su evolución. Minería y Metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas, Coloquio internacional asociado*, Madrid 1985, 119-121. C. Domergue, *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique, I-II*, Madrid 1987. F.J. Sánchez Palencia, “Explotación del oro en la Hispania romana: sus inicios y procedencias”, *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, II, 35-50.

campos de esparto (Plin. 19, 26-39), materia prima tan necesaria para la construcción naval.

Iberia proporcionaba a los cartagineses mercenarios aguerridos y experimentados, principalmente lusitanos y celtíberos⁷, pertrechados con un armamento terrorífico por su efecto devastador en la lucha cuerpo a cuerpo. El dinero no faltaba para pagarlos, ni escaseaba el espíritu de fidelidad a un caudillo propio de las alianzas clientelares. Sin toda esta suma de circunstancias, Aníbal no hubiera podido llevar la guerra a Italia, ni mantener tantos su hegemonía en la Península Ibérica. Aníbal, en los años de gobierno de su padre y de su cuñado, conoció directamente las enormes posibilidades de Iberia como cantera de mercenarios, así como sus recursos naturales (minerales) necesarios para mantener una impresionante maquinaria de guerra siempre alerta. Diodoro cifra el ejército de Asdrúbal en 50.000 infantes, 8.000 jinetes y 200 elefantes. Es un ejército superior a aquel con el cual Aníbal marchó a Italia. Por vez primera, Aníbal, ya adolescente, convive con un ejército numeroso, bien preparado, profesional, en su mayoría de mercenarios hispanos aunque no hay que descartar contingentes norteafricanos. Cabe pensar que los oficiales y los mandos serían mayoritariamente cartagineses. Con Asdrúbal firmaron los romanos el tratado del Ebro, en el año 226 a.C. por el que se comprometían los cartagineses a no franquear armados la frontera natural que marcaba este curso fluvial (Pol. 2, 13, 1 y 7; 3, 27, 9).

El gran historiador Polibio (2, 13, 1; 2, 36, 1; 3, 18, 1) confirma la gran prosperidad que alcanzó el territorio peninsular durante los años del gobierno de Asdrúbal, debido a la política seguida por éste, que era en parte continuación de la su suegro Amílcar, y que, del mismo modo, fue emulada después por Aníbal en muchos aspectos.

⁷ Sobre los mercenarios en los ejércitos bárquidas sigue siendo útil el trabajo de A. García y Bellido, "Los mercenarios españoles en la Segunda Guerra Púnica", *RHM* 10, 1962, 7-24; 11, 1962, 7-23; 12, 1963, 7-31.

Tito Livio (21, 2, 3) confirma lo señalado anteriormente: “usó más la diplomacia que la fuerza, y aumentó el poder de Cartago más con los tratados de hospitalidad que estableció con los reyezuelos, y con los pueblos nuevos que ganó a su favor por medio de la amistad de los príncipes, que por la fuerza de las armas. Esta idea la vuelve a repetir al final del párrafo: “Asdrúbal fue de una admirable habilidad en atraerse a las tribus y unir las a su mando”. Apiano (*Iber.* 6) puntualiza que Asdrúbal tomó consigo a su cuñado Aníbal, que se encontraba por aquel tiempo en Hispania, pues se mostraba muy deseoso de participar en la guerra, y porque su carácter le resultaba grato a los soldados. Añade el historiador que sometió a muchos pueblos, ganándose los por la persuasión y el encanto de su elocuencia, en la que sobresalía entre todos. Da también un dato importante sobre la formación militar de Aníbal en el sentido de que cuando Asdrúbal emprendía una acción militar encontraba siempre dispuesto a Aníbal, y contaba con él.

Tal era la política seguida por Amílcar, luego por Asdrúbal, y que fue observada y aprendida por Asdrúbal. El resultado fue altamente ventajoso para Cartago, pues permitió que sus ejércitos se adentraran en la Península hasta el Ebro, y por el occidente hasta el océano. Cartago dominaba también la costa del levante y el sur. Diodoro (25, 12) y Zonaras (8, 21) reiteran que Asdrúbal mantenía la confianza de los soldados bajo sus órdenes. No tiene posiblemente mucho fundamento la noticia de Polibio (3, 8, 1) de que Asdrúbal pretendió subvertir las leyes de su patria y la conversión de Cartago en una monarquía, y que los príncipes de Cartago, intuyendo sus planes, se pusieron de acuerdo en derrocarlo. Tito Livio (21, 2, 3) escribe que Asdrúbal, que estaba apoyado, como era natural, por los Bárquidas de Cartago, “tenía tal influencia y poder sobre el ejército y la plebe, alcanzó un punto al que el voto de los nobles de su ciudad nunca le hubieran llevado”. Por su parte, Zonaras (8, 21) afirma que después de ser proclamado general por el ejército, “consiguió que el mando le

fuera confirmado por los magistrados de su ciudad”.

Aníbal en Hispania

Cuando a la muerte de Asdrúbal fue Aníbal proclamado, a los 26 años de edad, general por aclamación de los soldados –y ratificado luego por los magistrados de Cartago– tenía ya una buena experiencia militar obtenida de su padre, pero sobre todo, en razón de la edad, por los ejércitos de Asdrúbal. Sabía cómo tratar a la tropa, y conocía bien los hilos de la diplomacia y de las alianzas políticas con los reyezuelos que tan buenos resultados había dado a sus predecesores. Su acción militar se caracterizó desde el primer momento por su rapidez, eficacia y buen trato a los soldados. La primera decisión que tomó fue atacar a los ólcades y apoderarse de su ciudad más fuerte, que tomó enseguida tras rápidos y contundentes ataques. Aníbal se entrena desde el primer momento en el asalto de plazas fuertes, lo que hizo con frecuencia en Hispania y en Italia. La conquista de la ciudad de los ólcades provocó el efecto esperado, ejemplarizante, ya que los pueblos vecinos se entregaron pronto a los cartagineses. Estableció un tributo a las ciudades, se adueñó de sus tesoros y de sus bienes. A continuación marchó a Carthago Nova⁸ para pasar el invierno.

Desde el primer momento se manifestó un rasgo característico de su genio militar: el respeto hacia la tropa, a la que sabía tratar y recompensar en la medida justa, siendo ésta una de las bases de su poder –y el de todos los Bárquidas– dentro y fuera de Hispania: “Su generosidad con los que le habían seguido, dando a los soldados sus raciones y prometiéndoles otras ventajas, le ganó un gran aprecio e hizo nacer en sus tropas magníficas esperanzas”, escribe Polibio (3, 13, 5), que describe la primeras operaciones de

⁸ R. González, M. Hernández, *Cartagena púnica*, 1987. J. Mas, *Historia de Cartagena*, Murcia 1986. A. Romero, “La ciudad de Cartagena en época púnica”, *Aula Orientalis* 3, 1985, 217-225.

Aníbal. A comienzo del verano marchó contra los vacceos⁹; se apoderó de Helmántica (Salamanca), y ganó con gran esfuerzo Arbucala (Toro). La marcha desde Carthago Nova debió hacerse por el interior, es decir, por el norte de Sierra Morena. Las causas de esta penetración pueden ser varias: conocer el interior del país, y particularmente la región que había proporcionado los mercenarios a los tartesios, pacificarla e impedir razzias de estos pueblos sobre el sur y el levante, así como obtener algún botín y quizás provisiones de cereales. Esta última razón sólo es hipotética, o de tipo complementario, ya que los cartagineses se abastecían suficientemente del fértil valle del Betis¹⁰ (Str. 3, 2, 6). Para llegar a Helmántica y Arbucala atravesó la Sierra de Gredos, a la ida y a la vuelta, itinerario que supuso para Aníbal un extraordinario entrenamiento o ejercicio para en el futuro atreverse a franquear cordilleras más difíciles, y curtir a los soldados en este tipo de travesías, para lograr en el futuro empresas más arduas: cruzar los Pirineos, los Alpes y los Apeninos rumbo a Roma. En este caso, la empresa hispana tenía una intención de saqueo más que de una verdadera conquista. A su vuelta fue atacado por los carpetanos apoyados por los pueblos vecinos y por los fugitivos de los ólcades y de los huídos de Helmántica. La táctica de Aníbal consistió en retirarse cauta y prudentemente sin verse obligado a luchar en terreno desconocido para su ejército y por tanto en desventaja. Atravesó el Tajo. Los perseguidores cruzaron el río por diferentes puntos, siendo aplastados por los cuarenta elefantes que

⁹ E. Sánchez, "Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a.C.): la apertura de la Meseta Occidental a los intereses de las potencias mediterráneas", *Gerión* 18, 2000, 109-134. A. J. Domínguez Monedero, "La campaña de Aníbal contra los Vacceos: sus objetivos y su relación con el inicio de la 2ª Guerra Púnica", *Latomus* 15, 1986, 241-258. H.M. Heine, "Hannibal's Battle on the Tagus (Polibius III, 13; Livy XXI, 5)", *Latomus* 38, 1979, 891-901.

¹⁰ A. Tovar, *Iberische Landeskunde, II. Baetica*, Baden Baden 1974, *passim*. A. Velázquez, J.J. Enríquez (eds.), *Celtas y Túrdulos. La Beturia*, Mérida 1995. En general: M. Almagro-Gorbea, *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid 1993. L. Berrocal, *Los pueblos célticos del suroeste de la Península Ibérica*, Madrid 1992.

llevaba Aníbal. El cartaginés utilizó en esta campaña a los animales que tan se habían demostrado como arma eficaz en Italia, en la guerra de Pirro. Los elefantes provocaban verdadero espanto y terror en los enemigos. Después Aníbal incorporó a estos animales a su ejército, y los llevó consigo a través de los Pirineos y de los Alpes hasta Italia. Años antes Asdrúbal sumó a su ejército doscientos de estos animales (Diod. 25, 12).

La descripción de estos sucesos en Livio (21, 5, 2) es muy parecida a la de Polibio. Plutarco (*Virt. Mul.* 248c) recoge algunos datos interesantes sobre el cerco de Helmántica¹¹, como que sus habitantes prometieron a Aníbal que harían cuanto éste les pidiese, entre otras cosas entregarle 300 talentos de plata y 300 rehenes, lo cual parece indicar que el móvil de la penetración en la Meseta era el botín. Al concluir el asedio, no cumplieron con lo pactado. Aníbal volvió sobre sus pasos y dio la orden a sus tropas de saquear la ciudad, como harían después con tantas otras ciudades tomadas al asalto. Los varones libres abandonaron la ciudad dejando sus armas, riquezas y esclavos. Se refugiaron en las montañas. Más tarde enviaron mensajeros en plan de súplica a Aníbal, quien los trató con respeto y les restituyó la ciudad. Esta forma de actuar con los vencidos fue practicada varias veces por Aníbal con ciudades y ejércitos vencidos. Tenía un precedente preclaro en la política militar de su padre Amílcar, que mató a los cabecillas Istolacio e Indortes, que llevan nombres celtas¹², pero que luego incorporó a su ejército a 3.000 de sus soldados y dejó en libertad a un número mucho mayor (Diod. 25, 10).

Después se retiró con su ejército –como haría frecuentemente en Italia tras haber librado importantes batallas o correrías– yendo a pasar los rigores del invierno en Carthago Nova (Pol. 3, 15, 3).

¹¹ J. Maluquer, *Carta Arqueológica de España. Salamanca*, Salamanca 1957, 97-103.

¹² M.L. Albertos, *La onomástica personal primitiva de Hispania: Tarraconense y Bética*, Salamanca 1966, 125-126.

No se va a examinar en este estudio quién fue el verdadero causante –si los cartagineses o los romanos– de la guerra de Sagunto, tema que ya debatió detenidamente Polibio (3, 28, 5), y que la historiografía moderna (P. Barceló) ha estudiado bien. Aníbal buscó un *casus belli* y lo encontró en la lucha de Sagunto contra los turdetanos (Liv. 21, 6, 1), que eran aliados de Cartago y cuyos campos eran devastados por los saguntinos, además de otras tropelías (Pol. 3, 15, 7; App. *Iber.* 10). Los saguntinos “cultivaban el territorio más fértil y que producía los más sabrosos frutos de toda Hispania” (Pol. 3, 17). Interesa al contenido de este trabajo analizar, siquiera brevemente, la táctica militar seguida por Aníbal durante los ocho meses que duró el asedio y toma de Sagunto que él dirigió personalmente. Las más importantes ciudades hispanas estaban defendidas por imponentes murallas con torres, generalmente, como las de Huelva, del tipo de la de Megiddo, Cástulo, Puentetablas (que es la mejor muralla doble de todo el Occidente), Olérdola, Santa Pola, Oral, Tossal de Manises, Crevillente, etc.

El historiador Tito Livio (21, 7-8; 11-12; 14-15) aporta datos muy concretos del asalto. La primera medida que tomó –y que repetiría luego en Italia– fue arrasar el territorio que circundaba a Sagunto; en segundo lugar atacó la ciudad por tres puntos. En el ángulo de la muralla que daba a un terreno más llano y abierto colocó los manteletes para acercar los arietes a la ciudad. Aníbal contaba ya con la experiencia del asalto a ciudades fortificadas, como la Althea de los ólcades, Arbucala, o Helmántica, aunque en esta ciudad el asedio debió ser rápido. Dominaba el campo de uno de los arietes una torre gigantesca, de las varias que tenía la muralla. La juventud saguntina resistía con gran valor, subida a la muralla repeliendo el ataque, y caían sobre los destacamentos y fortificación de los cartagineses, ocasionando gran cantidad de muertos en ambos bandos. El mismo Aníbal, que se acercó demasiado al muro, fue herido por una flecha que le atravesó la

pierna, hecho que causó bastante desconcierto y espanto a su alrededor, y faltó poco para que se abandonasen las obras y los manteletes. Aníbal fue herido, igual que Alejandro, que también recibió graves heridas en el asalto de Gaza (Arr. *Anab.* 2, 27) por mostrarse audaz, aguerrido y deseoso de estar en primera línea de combate, confiando en sus fuerzas, en su buena fortuna y en la protección de los dioses.

Durante los días de convalecencia del general cartaginés, el cerco quedó reducido a un simple bloqueo, aunque sin interrupción en los trabajos. A continuación se renovó la lucha con más intensidad y se instalaron las máquinas de asalto y comenzaron a actuar los arietes. El ejército atacante se calculaba en 150.000 hombres, posiblemente en su totalidad reclutado en la Península Ibérica. Los sitiados se vieron obligados a dispersarse. Los arietes golpeaban los muros, que estaban ya bastante resquebrajados, y se había abierto una gran brecha, quedando al descubierto un gran espacio. Al punto se derrumbaron tres torres con el lienzo de muralla intermedio, entablándose allí una lucha feroz que ocasionó un gran número de heridos en ambos bandos. Livio escribe que “ningún dardo caía en vano entre cuerpos y armadura”.

Las máquinas de asaltar ciudades con altos muros habían sido puestas de moda por Demetrio Poliorcetes¹³. Anteriormente se había celebrado como famoso y espectacular el asedio de Tiro por Alejandro, escena que ha descrito bien Arriano en su Anábasis de

¹³ Y. Garland, *Recherches sur poliorcétique grecque*, París 1974. P. Ducrey, *Guerre et guerriers dans la Grèce antique*, París 1985, 143-177. En las estelas de Lara de los Infantes (Burgos) se representan el cerco de ciudades con asaltantes y defensores: uno con cuerno, en una pieza, y en otra un guerrero con escudo oval y estandarte, un jinete con escudo oval entre los asaltantes y cuatro trompeteros entre los defensores (J.A. Abásolo, *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*, Burgos 1974, 46-47, láms. XVII, 2; 106-107, lám. LXVII, 1). En estas estelas se representan frecuentemente jinetes con escudos oval o circular, y soldado con lanza. El asalto a una ciudad, con escaleras, y la lucha ante los muros se representa en el monumento a las Nereidas de Xantos, hacia el 400 a.C. (K. Papaioannou, *Griechische Kunst*, Friburgo 1972, figs. 607-612).

Alejandro Magno (2, 18-23), así como el asedio de Gaza (2, 26-27). Los cartagineses habían utilizado ya estos ingenios militares en las luchas greco-púnicas de Sicilia, por ejemplo en Selinunte (año 409 a.C.) donde se levantaron seis grandes torres y la muralla fue perforada con seis arietes de cabeza de hierro; en Himera, año 409-408, donde se utilizaron torres y por vez primera minas, y en el segundo sitio de Siracusa, 396 a.C. donde se erigieron tres altas torres a la entrada del puerto¹⁴. Esta táctica de asalto procedía de Oriente y la habían usado los asirios siglos antes, en tiempos de Tiglat-pileser III (744-727), en Laquish por Senaquerib (704-681)¹⁵, etc.

En la Península Ibérica el ariete se usó en el cerco de Cádiz. Con ocasión de narrar el asalto del ejército cartaginés a Sagunto,

¹⁴ A. García y Bellido, *Historia de España. España protohistórica. I*, Madrid 1975, 654-655, 658. F. Quesada, "Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado", en D. Vaquerizo (ed.), *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*, Córdoba 1994, 191-246. E. González, "Un intercambio de tropas cartaginesas entre Hispania y África (año 218 a. de C.)", *HAnt.* 23, 1999, 7-23. Sobre los libiofenicios citados en época bárquida: A.J. Domínguez Monedero, "Libios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia bárquida y su pervivencia", *Gerión* 13, 1995, 223-239. Id. "De nuevo sobre los libiofenicios: un problema histórico y numismático", en M.P. García-Bellido, R.M. Sobral (eds.), *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*, Madrid 1994, 111-116. J.L. López Castro, "Los libiofenicios, una colonización agrícola cartaginesa en el sur de la Península Ibérica", *RSF* 20, 1992, 47-65. Sobre los iberos: A. Ruiz, M. Molinos (eds.), *Los iberos*, Jaén 1987. AA.VV., *Los asentamientos iberos ante la romanización*, Madrid 1987. J. Uroz, *Economía y Sociedad en la Constestania ibérica*, Alicante 1981. P. Rouillard, M.C. Villanueva-Puig, *Greco et ibères au VIe siècle avant Jésus Christ. Commerce et iconographie*, París 1989. M. Beltrán, *Los celtas en Aragón*, Zaragoza 1996. A.M. Canto, *Epigrafía romana de la Beturia céltica*, Madrid 1997. C. Aranegui (coord.), *Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona 1998. L. Berrocal, Ph. Gardes, *Entre celtas e iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Madrid 2001.

¹⁵ J.B. Pritchard, *The Ancient Near Eastern Pictures relating to the Old Testament*, Princeton 1969, 124, fig. 359; fig. 362; 365, fig. 124; 130-131, figs. 372-373. Ch. Herzog, M. Gichon, *Battles of the Bible*, Londres 1997, 159, 159, 207-224. H. v. der Osten, *El mundo de los persas*, Madrid 1965, 263, lám. 21. A. Moortgart, *The Art of Ancient Mesopotamia. The Classical Art of the Near East*, Londres 1969, figs. 267, de tiempos de Ashurnasirpal II; 272, de época de Tiglat-pileser III. F. Cordente, *Poliocécica romana, 218 a.C. - 73 p.C.*, Madrid 1992.

Tito Livio describió el arma arrojadiza de los saguntinos, llamada falárica, cuya hasta era de abeto¹⁶. Era redonda en toda la superficie excepto en el extremo donde se colocaba el hierro. Este, cuadrado, como en el *pilum*, estaba rodeado de una estopa empapada en pez. El hierro tenía una longitud de tres pies, de modo que podía traspasar la armadura y el cuerpo de un hombre. En el caso de quedar clavado en el escudo y no entrar en el cuerpo, producía pavor, pues se lanzaba encendido en llamas, obligando al soldado a despojarse de su armadura o protección quedando a merced de los golpes de la espada del enemigo.

Aníbal, viendo a los soldados agotados por una lucha dura y sin tregua, decidió hacer una pausa de varios días. Aníbal, como buen general, y muy perspicaz, estaba siempre al tanto del ánimo de sus soldados, y no era raro que concediera días de descanso cuando las fuerzas flaqueaban. Aníbal les infundía ánimos y trataba de transmitirles su propia fuerza, unas veces incitando el odio a los enemigos, otras recordándoles la recompensa que les esperaba tras la victoria, y finalmente anunciando en la asamblea de toda la tropa que el botín sería repartido entre los soldados, promesa que incitó a éstos a reanudar el asalto sin descanso. Los saguntinos aprovecharon los días de tregua del ejército cartaginés para levantar una nueva muralla por la parte que había sido antes dañada o derribada. La lucha feroz comenzó con nuevos ataques, más duros aún que los anteriores. Los saguntinos no sabían a qué parte acudir a defender. Aníbal animaba a los soldados por el lugar por donde avanzaba una torre móvil que superaba en altura al punto más alto de la ciudad. Los sitiadores, colocados en lo alto de la torre, respaldados por los disparos de las catapultas, barrieron a los defensores situados en lo alto de la muralla. Aníbal aprovechó este momento propicio para lanzar a 500 africanos a socavar con picos el pie de la muralla, es decir, empezó a minarla. Tito Livio

¹⁶ Sobre los aspectos técnicos del asalto: P. Moret, *Les fortifications ibériques de la fin de l'Age du Bronze à la conquête romaine*, Madrid 1996.

puntualiza que el derrumbe era relativamente fácil al estar las piedras unidas con barro. Efectivamente, cayó gran parte del lienzo previamente socavado, y por allí penetraron los asaltantes, que se apoderaron de un lugar elevado, adonde situaron las ballestas y las catapultas, protegiéndolas con un muro, de modo que el ejército cartaginés levantó una ciudadela con armas en el corazón mismo de la ciudad tomada. Por su parte los saguntinos construyeron dentro de la ciudad otro muro interior para concentrarse y protegerse en una parte de la ciudad que aún dominaban, un perímetro que cada día era más pequeño. Escaseaban los víveres; y las posibilidades de auxilio exterior, de todo tipo, se habían reducido al mínimo.

La marcha de Aníbal contra los oretanos y los carpetanos levantó algo los decaídos ánimos de los sitiados. Los carpetanos y los oretanos se habían levantado consternados por la dureza de las levas. Apresaron a los reclutadores y amenazaron con tomar las armas. La rapidez de la intervención de Aníbal, que era una de sus grandes virtudes como militar, así como captar el verdadero momento clave de cada situación, les obligó a deponer las armas durante los días de su ausencia. Aníbal dejó en manos de Maharbal, hijo de Himilcón, la dirección de las operaciones de asalto. Éste continuó la lucha con la misma intensidad. Con los arietes se logró abrir un trecho de muralla por el que entraron los soldados del ejército cartaginés, llegando hasta la ciudadela, tomándola en parte. En este momento dos hombres intentaron llegar a un acuerdo con Aníbal, pero el general no cedió e impuso duras condiciones para firmar la paz.

Se les obligaba a los saguntinos a entregar todos sus bienes a los turdetanos, a desprenderse de todo el oro y la plata, y a salir de la ciudad sólo con el vestido e ir a asentarse allí donde se les indicase. Los saguntinos no sólo no aceptaron estas proposiciones sino que, reuniendo todo el oro y toda la plata, lo arrojaron a una hoguera, y la mayoría de ellos se echaron también a las llamas. Algo parecido hicieron los habitantes de Astapa, ciudad de la

Bética, fieles a los cartagineses, para no caer en manos de los romanos en el año 206 a.C. (Liv. 28, 22).

En este momento se derrumbó una de las torres de la muralla, quedando una brecha abierta por la que Aníbal mandó que se pasase. La ciudad fue tomada al asalto. El general dio la orden de pasar a cuchillo a todos los jóvenes en edad de combatir. El botín capturado fue enorme. Los prisioneros se repartieron entre los soldados, y fueron envidados a Cartago los vasos y los trajes preciosos. Aníbal marchó con su ejército a Carthago Nova pasar el invierno de 218-219 a.C.

Los historiadores como Apiano (*Iber.* 10) o Zonaras (8, 21) hicieron breves descripciones de asalto de Sagunto que en Hispania sólo tiene paralelo con el de Numancia llevado a cabo por Escipión (*App. Iber.* 90-93 y 95-97), o el de Calagurris terminada la guerra sertoriana (*Val. Máx.* 7, 6). El cerco y toma de Sagunto fue una excelente palestra de ejercicio militar para el asalto de varias ciudades de Italia, de lo que se hablará más adelante.

El naturalista latino Plinio (33, 96) transmite un dato interesante: el cuidado de Aníbal por tener bien asegurados los ingresos para el mantenimiento del ejército. Los numerosos pozos abiertos por Aníbal en las minas aún seguían activos en época flavia y recibían el nombre de sus descubridores. Uno de ellos denominado Baebelo rentaba a Aníbal 300 dracmas al día de plata. Diodoro de Sicilia (5, 35-38), en su detallada descripción de las explotaciones mineras de Hispania recoge un dato importante, cual es que todas las minas explotadas por Roma lo habían sido antes por los cartagineses, es decir, por los Bárquidas, y antes por los iberos. La técnica de explotación, que requería ingenios de diferentes tipos, la introdujeron los cartagineses y la heredaron los romanos, pues cuando Roma se apoderó de estas minas antes del 206 a.C. no tenía ninguna experiencia en este tipo de trabajos, como tampoco en el de las pesquería. Posidonio, que visitó Cádiz

a mediados del siglo I a.C. dejó una detallada descripción de los métodos de explotación de las minas del sur hispano, cuyos procedimientos remontan a época de la conquista bárquida. Los cartagineses explotaron las minas y las pesquerías en régimen de monopolio, lo que les permitía reclutar mercenarios en número elevado y pagarles sin dificultad ni demora. Así pudieron mantener muchos años un numeroso ejército en Italia.

Antes de emprender la marcha a Italia con sus tropas, Aníbal tomó algunas medidas que perfilan bien su carácter como general: al llegar a Cartago Nova licenció a todos los mercenarios iberos para que partiesen a sus casas con el fin de tenerlos bien dispuestos y animosos para más adelante. Después dio instrucciones a su hermano Asdrúbal acerca de la manera de comportarse con los iberos. En tercer lugar, indica Polibio (3, 33, 5.7) que procuró la seguridad de África imaginando un recurso ingenioso y prudente. Hizo pasar tropas de África a Hispania, y de ésta a África. Pasaron al continente africano contingentes de mastienos, oretanos, iberos y ólcades en número de 1.200 jinetes y 13.850 infantes. La mayoría de esta tropa la acuarteló en Metagonia y a otros en la misma ciudad de Cartago. De las ciudades de los metagonios llevó a Cartago como rehenes y tropas auxiliares a 4.000 infantes. Dejó a Asdrúbal en Hispania cincuenta naves de 50 remeros, dos tétreras y cinco trieras bien equipadas. Aníbal ponía mucho cuidado en mantener vigilada y defendida la costa ibera de los posibles ataques de la flota romana y del suministro del ejército expedicionario desde Hispania. Aníbal era previsor y prudente, ataba todos los cabos sin dejarse llevar por la improvisación. Dejó a Asdrúbal 450 jinetes libiofenicios y africanos, 300 ilergetes, 1.800 númidas, masilios, masesilios, maccios y maurosios de la costa del Océano, 11.000 infantes de África, 300 ligustinos, 500 baleáricos y 21 elefantes. Estos datos proporcionados por Polibio los obtuvo el historiador de la placa de bronce que mandó grabar Aníbal y colocó después en el templo de Juno Lacinia. Tito Livio (21, 21-22) confirma estas medidas. El historiador latino conserva

un dato importante sobre el proceder y el carácter militar de Aníbal: licenció a 3.000 infantes carpetanos que retrocedían asustados por tener que atravesar los Pirineos y los Alpes. Despidió en total a 7.000 soldados acobardados por la empresa, bajo pretexto de que también había licenciado a los carpetanos. A Hannón le puso al frente de la región pirenaica para que mantuviera francos los pasos entre la Galia e Hispania¹⁷. El paso de los Alpes ha sido bien descrito por Polibio (3, 47-56), que utilizó la obra del historiador Sileno, el cual participó en dicha travesía. Es más digna de crédito que la narración de Livio (21, 31-38) que está más adornada de literatura.

Polibio (3, 35, 1) conserva la cifra de soldados del ejército cartaginés que se dirigía a Italia: sumaban 90.000 infantes y 12.000 jinetes. El paso del río Ebro no ofreció dificultad, como tampoco el Ródano, al haber estado los soldados entrenado en ese menester, con las experiencias previas del Tajo y del Ebro, si bien el Ródano planteaba mayores problemas por el rápido y voluminoso caudal de sus aguas.

Hacia el año 210-209 a.C. según testimonio de Polibio (10, 7, 4) los cartagineses tenían tres ejércitos en la Península Ibérica: el mandado por el general Magón se encontraba en territorios de los conios, en el Algarve. El segundo, a las órdenes del hijo de Giscón, ocupaba la desembocadura del Tajo; y el de Asdrúbal sitiaba una ciudad de los carpetanos. La presencia de estos tres ejércitos cartaginés en la Península Ibérica indica bien la importancia estratégica que le concedió el genio militar de Aníbal. En Cartago se decidió enviar a Magón a Hispania para que reclutara 20.000

¹⁷ Sobre el paso de los Pirineos por Aníbal: D. Proctor, *La Expedición de Aníbal en la Historia*, Madrid 1974; AA.VV., *Hannibal Pyrenaeum transgreditur*, Puigcerdà 1984. Sobre los pueblos del Pirineo: *Estat actual de la recerca arqueològica a l'istme pirinenc. Homenatge al Dr. Migual Olova Prat*, Puigcerdà 1982. J.M. Blázquez, *España romana*, Madrid 1996, 143-172. AA.VV., *Prehistòria i Arqueologia de la conca del Segre. Homenatge al prof. Dr. Joan Maluquer de Motes*, Puigcerdà 1988..

infantes y 4.000 jinetes con el fin de reforzar el ejército púnico, que operaba en Italia y en Hispania. Ésta era la principal cantera de reclutas todavía después de la pérdida de Cádiz en 206 a.C. Los cartagineses decidieron enviar a Magón con dinero para reclutar auxiliares hispanos que debían incorporarse al cuerpo de ejército que operaba en Italia. En su viaje llegó a las islas Baleares, que no pudo ocupar (Liv. 28, 37).

El proyecto –en principio descabellado– de invadir de Italia planeado por Aníbal tenía varios precedentes en otros tiempos y lugares: el de Régulo, que llevó la guerra a África; el de Pirro, que trasladó la guerra a Italia; el de Alejandro Magno, que invadió con un pequeño ejército el inmenso Imperio Persa, y llegó a la India. El rey persa invadió dos veces Grecia durante las dos primeras Guerras Médicas. El proyecto de Aníbal no era, pues, tan fantasioso como a primera vista pudiera parecer.

El grueso del ejército cartaginés estaba formado por mercenarios hispanos, cuya efectividad era bien conocida por Cartago, que los había alistado en las guerras greco-púnicas, en Sicilia, durante el siglo V a.C.¹⁸. Mercenarios hispanos cruzaron el Ródano en 218 a.C. utilizando odres (Liv. 21, 27, 5)¹⁹; también actuaron en la batalla de Tesino, en el 218 a.C. (Liv. 21, 47, 4). A los soldados lusitanos²⁰ y celtíberos²¹ se dirige Aníbal después del paso del río Padus (el Po) prometiéndoles estipendios y

¹⁸ A. García y Bellido, *Historia de España. España protohistórica*, Madrid 1974, 652-667.

¹⁹ Hombres sobre odres en el agua se representan en un relieve de Senaquerib (704-681), J.B. Pritchard, *op. cit.*, 32, fig. 108, y en un relieve de tiempos de Ashurnasirpal II (A. Moortgart, *op.cit.*, fig. 263).

²⁰ A.M. Martín, *Los orígenes de Lusitania. El I Milenio a.C. en la Alta Extremadura*, Madrid 1999. J.G. Gorges, F.G. Rodrigues Martin (eds.), *Economie et territoire en Lusitanie romaine*, Madrid 1999. J.G. Gorges, T. Nogales (coord.), *Sociedad y cultura en Lusitania romana*, Mérida 2000.

²¹ A. Capalvo, *Celtiberia*, Zaragoza 1996. A.J. Lorenzo, *Los celtíberos*, Alicante 1997.

recompensas extraordinarias. En la batalla de Trebia, 218 a.C. Polibio (3, 73) menciona a los soldados iberos, celtas y libios. Tito Livio (21, 55, 2, 5-6) alude a la eficacia de los honderos baleáricos.

En el invierno del 218-217 a.C. la caballería celtíbera y lusitana intervenía en los lugares más abruptos (Liv. 21, 57, 51). En la primavera del 217 a.C. (Pol. 3, 79, 1), en la acción que describe el paso de los pantanos del Arno, se recuerda a los iberos y a los libios como los guerreros más capacitados del ejército de Aníbal, contraponiéndolos en esta ocasión a los celtas. En la batalla del lago Trasimeno, año 217 a.C., Aníbal colocó a los iberos y a los celtas en los puestos más difíciles, para evitar que se rompiera la línea de batalla (Pol. 3, 83, 1). Livio (22, 18, 2) puntualiza que una cohorte de iberos hizo imposible la victoria de los romanos, pues “estaban acostumbrados a los montes y eran más aptos para correr saltando por entre las rocas y peñascos, a lo que les ayudaba la ligereza de sus armas, tanto como la velocidad de sus cuerpos, eludiendo así con su manera de luchar a un enemigo de pesado armamento”.

En la batalla de Cannas, 216 a.C., Aníbal colocó a los iberos y a los celtas de frente y mandó que los libios rodearan al ejército romano. Con esta ocasión comenta Polibio (3, 113 - 117,6) que las espadas iberas eran de mayor utilidad que las de los celtas, pues servían para herir con el filo y con la punta, y la de los celtas sólo con el filo. Posiblemente se refiere a las espadas celtibéricas, a cuya fabricación se refiere Filón de Bizancio en la segunda mitad del siglo III a.C., quien escribió lo siguiente:

“El modo de trabajar las citadas hojas de metal se observa en las espadas llamadas célticas e hispanas. Cuando quieren probar si están ya prestas para su uso, agarran con la mano derecha la empuñadura y con la otra el extremo de la espada; colocan luego la hoja transversalmente sobre la cabeza, tiran para abajo de ambos extremos hasta que los hacen tocar con los hombros, y después los sueltan alzando repentinamente ambas manos. Libre la espada, se endereza de nuevo volviendo a su primitiva derecha

sin mostrar flexión alguna y permaneciendo recta, aunque esta prueba se repita muchas veces. Indagando entonces la causa de que estas espadas conservasen tal flexibilidad, se hallaron, primero, con un hierro en estado extraordinariamente puro, y luego, trabajado de tal modo al fuego, que no tenía dobladura alguna ni ningún otro daño. El hierro no es ni muy duro ni muy blando, sino un término medio, obtenido el cual, se forja enérgicamente en frío, dándole así su temple. Pero no se forja batiéndolo con grandes martillos ni con fuertes golpes; los golpes violentos y dados oblicuamente curvan y endurecen mucho las hojas en el sentido de su longitud, de tal modo que, si alguien quisiera flexar las espadas así forjadas, no podría hacerlo de ningún modo, o si se lograba por la fuerza, se romperían a causa de lo compacto de toda la hoja así endurecida por los golpes. La acción del fuego, según dicen algunos, ablanda el hierro y el bronce, disminuyendo su cuerpo, mientras que la acción del frío y de la forja lo endurecen. En verdad estos dos tratamientos hacen compactos los cuerpos, juntando entre sí sus partes y rellenando el espacio vacío entre ellas. Forjábamos, pues, en frío las hojas por las dos caras, endureciéndose así ambas superficies, mientras que la parte intermedia permanecía blanda, por no haber llegado hasta ella la acción de los golpes, que eran ligeros en profundidad. Así pues, como las hojas quedaban compuestas de tres cuerpos, dos de ellos duros y el otro, el del centro, blando, su flexibilidad era la que antes hemos dicho” (*Mechaniké syntaxis*, IV-V).

Por su parte, el historiador Polibio, en un fragmento conservado en la Suda (voz “máchaira”) se refirió a la eficacia de las espadas hispanas:

“Los celtíberos se diferenciaban mucho de los otros pueblos por el modo de fabricar sus espadas. Tienen éstas una punta eficaz y un golpe fuerte por ambos filos. Los romanos, durante la guerra de Aníbal, dejaron las espadas que usaban de tiempo atrás y adoptaron la de los iberos. También imitaron el procedimiento de su fabricación, pero no pudieron imitar ni la excelencia del hierro ni el esmero en los demás detalles”.

Diodoro (5, 33, 3-4) añade más detalles sobre el particular:

“Llevan (los celtíberos) espadas de doble filo, forjadas con hierro de una calidad excelente, y tienen puñales de un palmo de longitud, que llevan en una vaina pegada a la de la espada, y de los cuales echan mano en los

combates cuerpo a cuerpo. Tienen un modo muy particular de preparar las armas de que se sirven en su defensa: meten bajo tierra las láminas de hierro, y allí permanecen hasta que con el tiempo la parte débil del hierro, consumida por la herrumbre, se separa de la parte más dura; de és sacan magníficas espadas y otros instrumentos guerreros. Las armas hechas de este modo cortan cuanto se les opone. No hay escudo, ni casco, ni hueso que resista a su golpe; hasta tal punto es de extraordinaria la excelencia del hierro”.

Finalmente merece la pena recordar un texto de Tito Livio (31, 34, 4) referido al *gladius hispanicus* que conocieron los macedonios hacia el año 200 a.C. El fragmento describe magníficamente los efectos terroríficos del arma:

“Los macedonios, hechos a pelear contra griegos e ilirios, no habían visto hasta entonces más que heridos de pica y flechas, y raramente de lanza. Mas cuando vieron los cuerpos despedazados por la espada hispánica, brazos desprendidos de los hombros, cabezas seccionadas por la cerviz o cercenadas del tronco, vísceras al aire y toda suerte de horripilantes heridas, aterrados se preguntaban contra qué armas y contra qué hombres habrían de luchar”.

En los años 214 y 212 a.C. aparecen los númidas y los hispanos defendiendo el campamento cartaginés y Capua (Liv. 24, 12, 4). Sin embargo, aunque los mercenarios iberos fueron, por lo general, fieles a la causa cartaginesa, los autores antiguos recogen alguna defección. Así, en el año 213 a.C. los romanos se apoderaron de Arpi, y la guarnición ibera colocada por los cartagineses para defender la plaza se pasó a los romanos (Liv. 24, 47, 8). En el año 212 a.C. el jefe de los mercenarios iberos en Siracusa, de nombre Moerico²², traicionó a los cartagineses. El premio de su traición fue la obtención de la ciudadanía romana. La misma recompensa obtuvo un jefe celtíbero de nombre Belligeno²³. En el año 210 a.C.

²² M.L. Albertos, op. cit. 159.

²³ M.L. Albertos, op. cit. 52.

Livio (26, 5, 11) menciona el valor de las tropas auxiliares iberas que con tres elefantes se acercaron a la empalizada durante un asedio. Livio (27, 14, 5) afirma tajantemente que en el año 208 a.C. los mercenarios iberos ocupaban por expreso mandato de Aníbal la primera línea, y que eran la fuerza principal de su ejército. Esto mismo se deduce de la alocución de Aníbal a los lusitanos y celtíberos una vez pasada la cordillera de los Alpes. Los mercenarios iberos eran la columna vertebral del ejército cartaginés. En el año 207 a.C., en la batalla de Metauro, Asdrúbal tenía las mayores esperanzas en los mercenarios iberos (Liv. 27, 48, 6); Pol. 11, 1). Todavía en la batalla que cerró la Segunda Guerra Púnica, el combate que tuvo lugar en las Grandes Llanuras, en el año 203 a.C., cuatro mil jinetes celtíberos lucharon valientemente contra la legiones romanas. Fueron aniquilados. En esta batalla se aplicó la táctica militar de Cannas, pero fracasó.

La fuerza del ejército de Aníbal residía en la movilidad de la caballería nómada y celtíbera. La mayor alabanza que se puede hacer al valor de los celtíberos y a su táctica²⁴ es que en el año 104 a.C. rechazaron a los cimbrios, vencedores en 105 a.C. en la batalla de Arausio (Liv. *per.* 67; Obseq. al año 104; Sen. *ad Helv. consol.* 7, 2; Hier. *Ep.* 123, 16). La guerra de Viriato se hizo con una táctica basada en la caballería lusitana, de gran movilidad, experimentada en golpes de mano rápidos e inesperados. Jinetes celtíberos armados con el escudo pequeño circular (*caetra*) se representan en las seis estelas perdidas de Clunia, y en la de

²⁴ Sobre Aníbal como táctico: G. Brizzi, *Annibale. Strategia e imagine*, Perugia 1984. J.F. Lazenby, *Hannibal's War. A military History of the Second Punic War*, Warminster 1978. E. Bradford, *Hannibal*, Hertfordshire 2000. En general sobre la tácticas empleadas en las Guerras Púnicas: S. Lancel, *Hannibal*, París 1995. G. Charles Picard, *Hannibal*, París 1967. J. Seiber, *Hannibal. Feldherr und Statsmann*, Maguncia 1997. H.A. Vogelsberger, *Hannibal. Karthagos Kampf um die Weltherrschaft*, Munich-Berlín 1996.

Lougesterico. En las monedas de los talleres ibéricos²⁵, se representan frecuentemente jinetes con armas –*pilum* y *soliferrum*– en denarios de Sesars, Bolscan, Belikio, Arsacoson, Turiasu, Contrebia, Arecovadas, Secobrices, Oilaunu, Kolounioku, Ikalkusken; casco y escudo en monedas de Ikalkusken, Asido, Turiricina, y de Corissa; *falx* u hoz de guerra en ases de Oilaunikos y de Turiasu; venablo en un as de Kueliokos; bidente y tridente en un as de Ventipo; guerreros, en monedas aparecidas en Numancia, del taller de Loutiskos; *bipennis* en un denario de Arsaos. Jinetes y armas de este tipo fueron los que militaron a las órdenes de Aníbal. El armamento de los iberos se conoce bien por las representaciones en cerámica ibera²⁶, y en escultura. Los soldados de a pie llevaban grandes escudo y lanza (así aparecen representados en cerámicas ibéricas del Tossal de la Calá (Alicante); jinete con lanza en La Alcudia; jinetes con lanza y

²⁵ Sobre estas piezas y cecas, L. Villaronga, *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona 1979. Sobre las representaciones de armas y guerreros en las monedas: A.M. de Guadán, *Las armas en la moneda ibérica*, Madrid 1979, *passim*. Sobre la guerra y el armamento ibérico: F. Quesada, “¿Jinetes o caballeros?” En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular”, en J. García Castro (ed.), *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid 1997, 185-194. Id., “Algo más que un tipo de espada: la ‘falcata ibérica’”, *ibid.*, 196-205. M. Almagro Gorbea, “Guerra y sociedad en la Hispania céltica”, *ibid.*, 207-221. R. García Huerta, “La guerra entre los pueblos célticos. Las fuentes literarias grecolatinas”, *ibid.*, 223-239. E. Cabré, M.I. Baquedano, “El armamento céltico de la II Edad del Hierro”, *ibid.*, 240-259. J.M. Roldán, “Romanos y cartagineses en la Península Ibérica. La Segunda Guerra Púnica”, *ibid.*, 271-279. Id., “Los hispanos en el ejército romano”, *ibid.*, 280-309. Sobre murallas: F. García Alonso, “Poliorcética griega y fortificaciones ibéricas”, *ibid.*, 165-183. La mejor muralla de todo el Occidente es la de Puente de Tablas, en Jaén. El tratado antiguo sobre poliorcética más completo que nos ha llegado es el de Eneas el Táctico, del que existe una versión castellana debida a J. Vela Tejada: Eneas el Táctico, *Poliorcética. La Estrategia Militar Griega en el siglo IV a. C.*, Madrid 1991. Sobre los jinetes celtíberos de Clunia: A. García y Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid 1949, 372-375, n.ºs. 367-368 y 369-375.

²⁶ Soldados y jinetes en la pintura vascular ibérica en: L. Pericot, *Cerámica ibérica*, Barcelona 1978, 60-61, figs. 78, 81; 112-113, figs. 148-149; 128-131, figs. 169, 171-174; 133, fig. 178; 144-145, figs. 199-200; 160, figs. 233, 235; 170-171, figs. 257-258; 181-182, figs. 280-281.

largos escudos ovales en Oliva (Valencia); y en La Serreta de Alcoy un soldado se defiende con un escudo pequeño, redondo, y un segundo con lanza y escudo oval alargado, y jinete con lanza. Estas imágenes se repiten en cerámicas de San Miguel de Liria (Valencia) donde los soldados llevan también la espada falcata ibérica.

Aníbal, genio militar

Las grandes cualidades que tenía Aníbal para el arte de la guerra quedan demostradas a lo largo de toda su vida, repleta de éxitos bélicos, en la Península Ibérica y en Italia. Maestro de la estrategia, gustaba de calcular bien los pros y los contras, sin que por ello le faltara improvisación e intuición. A ello se suma una astucia innata, rapidez y eficacia en las acciones, flexibilidad, tesón, espíritu aguerrido y de sacrificio, don de mando, carisma personal, buen político y diplomático. Son éstos los rasgos que le retratan como a uno de los grandes militares de la Antigüedad.

Política militar de Aníbal

Las características generales de la política militar de Aníbal se perfilan en las guerras de Hispania, por ejemplo las alianzas con las tribus –las establecidas con los pueblos de la región del Po son similares a las que hizo con pueblos hispanos– con el fin de separarlos de la tutela romana, estableciendo pactos con estos indígenas después de las batallas de Tesino y Trebia. Su forma de proceder respecto a sus “aliados” itálicos de Roma (separando a los ciudadanos romanos prisioneros de los itálicos, liberando a estos sin condiciones y obligando a pagar un rescate a los primeros) fue la política seguida después de la batalla del lago Trasimeno, presentando la guerra sólo como un asunto contra

Roma, y después de Cannas liberando a los prisioneros itálicos, lo que motivó que muchas ciudades samnitas²⁷, apulias²⁸ y lucanas²⁹ se pasaran a los cartagineses abandonando la causa romana, incluso la misma ciudad de Capua, que era la gran ciudad de la Campania, la más poblada y rica³⁰, obtuvo una gran autonomía. Aníbal (Liv. 23, 20) pretendía con esta política construir una federación itálico-púnica, horadando así los cimientos de la confederación romano-itálica. En el año 213 a.C. esta política obtuvo su mayor éxito al atraer al bando de Cartago a Tarento, la ciudad griega más importante de Italia, y también a Siracusa.

Fracasos de la política de Aníbal

Fracasó Aníbal al no poder romper en mayor medida la unión de Roma con algunos pueblos itálicos, como los etruscos o los latinos, y en no poder concluir con éxito el asalto de Roma, debido a que carecía de un número suficiente de tropas para tal empresa. En el templo de Juno Lacinia, en Crotona, mandó colocar Aníbal una inscripción redactada en griego y en púnico (Pol. 3, 33, 56) en la que se registraron todas las hazañas conseguidas hasta ese momento. De ese documento se deduce que Aníbal nunca mandó un ejército superior a los 50.000 hombres. Con esos efectivos, y después de la experiencia de la toma de Sagunto, resultaba imposible concluir con éxito el asedio de Roma. El ejército

²⁷ S. Capini, A. de Niro (eds.), *Samnium. Archeologia del Molise*, Roma 1991. AA.VV., *Samnio. Pentri e Frentani dal VI al I sec. A.C.*, Roma 1980. E.T. Salmon, *Samnium and the Samnites*, Cambridge 1967.

²⁸ F. D'Andria, *Puglia*, Roma 1980.

²⁹ F. Zevi, *Paestum*, Nápoles 1990. A. Pontrandolfo, A. Rouveret, *Le tombe dipinte di Paestum*, Módena 1992.

³⁰ L. Cerchiai, *I Campani*, Milán 1995.

romano era mucho más numeroso. Tampoco pudo Aníbal proporcionar a los soldados los suministros y las incentivos que les había prometido, ni siquiera el sueldo podía ser pagado a los soldados con regularidad, como sucediera en Hispania. Por otra parte, la flota romana se mostró muy superior a la cartaginesas en el combate naval.

Aníbal, *homo religiosus*

A finales del año 219 a.C. Aníbal, que era un hombre profundamente religioso, igual que lo fuera Alejandro Magno³¹, visitó el famoso *Heracleion* gaditano para ofrecer sacrificios en honor de Melqart (Liv. 21, 231, 1), y a cambio obtener del dios de Tiro protección para la empresa que tenía *in mente* en ese momento: la invasión de Italia. La visita a este santuario la haría, años después, Fabio Máximo, el hermano de Escipión (App. *Iber.* 65), y más tarde, Julio César (Suet. *Caes.* 7).

Aníbal era un hombre supersticioso. Tito Livio (21, 22) cuenta que tuvo un sueño antes de marchar para Italia. Se le apareció un joven de apariencia divina, que decía ser un enviado de Júpiter, para guiarle a Italia. Le comunicó que le siguiera sin apartar los ojos, lo que en principio hizo. Después vio detrás de sí una serpiente que se arrastraba con un tremendo estrépito de arbustos que iba arrancado al reptar. A esta visión siguió una gran tempestad. Aníbal preguntó entonces qué significaba aquel monstruo, aquel presagio. Se le indicó que indicaba la devastación de Italia, que continuase sin preguntar, y que dejase que la suerte permaneciera oculta.

³¹ J.M. Blázquez, "Alejandro Magno, *homo religiosus*", en J. Alvar, J.M. Blázquez, *Alejandro Magno. Hombre y Mito*, Madrid 2000, 99-152.

Era devoto del panteón cartaginés³² como lo indica el hecho de que en el tratado firmado con Filipo V de Macedonia se mencionaran en primer lugar todos los dioses de Cartago. El texto nos lo ha transmitido Polibio (7, 9):

“Juramento de Aníbal, general, de Magón, de Mircano, de Barmócar y de todos los miembros del consejo de Cartago presentes, de todos los soldados cartagineses, prestado ante Jenófanes, hijo de Cleómaco, ateniense, enviado a nosotros como embajador por el rey Filipo, hijo de Demetrio, en nombre suyo, de los macedonios y de los aliados de éstos, juramento prestado en presencia de Zeus, de Hera y de Apolo, en presencia del dios de los cartagineses, de Herakles y de Yolao, en presencia de Ares, de Tritón y de Poseidón, en presencia de los dioses de los que han salido en campaña, del sol, de la luna, y de la tierra, en presencia de los ríos, de los prados y de las fuentes, en presencia de todos los dioses dueños de Cartago, en presencia de los dioses dueños Macedonia y de toda Grecia, en presencia de todos los dioses que gobiernan la guerra y de los que ahora sancionan este juramento”.

Este texto es muy importante, pues, como escribe P. Barceló³³, “releva la concepción ideológica-religiosa de la empresa de Aníbal: dioses y hombres contraen una alianza, se asocian y apoyan mutuamente para vencer a Roma”.

En el año 214 a.C. en las proximidades del lago Averno se celebró una fiesta sagrada, escenificada, en la que Aníbal puso bajo la protección divina el éxito de sus campañas. Estas ceremonias producían un gran impacto psicológico, positivo, en la moral de los soldados cartagineses y de todos sus aliados.

Al final de la guerra, en el acto de paz firmado entre Cartago y Roma no faltaron los rituales. Cartago juró ante los dioses el

³² W. Huss, *Hannibal und die Religion. Religio Phoenicia: Studia Phoenicia IV*, Namur 1986, 223-238. M.J. Barré, *The God List in the Treaty between Hannibal and Philip V of Macedonia. A Study in the Light of the Ancient Near Eastern Treaty Tradition*, Baltimore 1983.

³³ *Aníbal de Cartago*, 129-136.

cumplimiento de las cláusulas establecidas, y Roma envió a los *fetiales*, sacerdotes que daban validez y sanción religiosa al tratado.

Todavía después, Aníbal, siguiendo el ejemplo de Alejandro Magno, consultó el célebre oráculo de Zeus Ammón, cuya respuesta le fue favorable, y le animó a continuar la lucha contra Roma.

PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN

Cuando Publio Cornelio Escipión³⁴ vino a Hispania para ponerse al frente del ejército romano, después de la derrota de su padre y de su tío³⁵, motivada por la traición de los celtíberos en el año 211 (Liv. 25, 33, 36, 2 y 13), contaba sólo 25 años de edad. Fue nombrado general del ejército romano que operaba en Hispania. No había desempeñado hasta el momento ninguna alta magistratura. Nunca antes el Estado romano había concedido poderes militares tan grandes a un solo hombre. La desastrosa situación del ejército romano en Hispania, después de la muerte de los hermanos Escipiones, explica esa medida. Su experiencia militar consistía únicamente en haber luchado al lado de su padre en la batalla de Tesino, y después en la de Cannas.

Llegado a Tarraco la primera medida que tomó fue convocar una asamblea de aliados (Liv. 26, 19, 10). Desde el primer momento, el joven general planeó establecer excelentes relaciones con los aliados hispanos. Era imprescindible contar con ellos.

³⁴ Sobre Escipión el Africano: H.H. Scullard, *Scipio Africanus: soldier and politician*, Bristol 1970. B. Liddell Hart, *Scipione Africano*, Milán 1981. J. Cabrero, *Escipión el Africano*, Madrid 2000.

³⁵ Sobre el lugar de la muerte en los Escipiones, véase A. Canto, "Ilorci Sicipionis Rogus (Plinio *NH* III, 9 y algunos problemas de la Segunda Guerra Púnica en Hispania", *RSA* 29, 1999, 127-167. Esta autora sitúa la muerte de Gneo Escipión en Segura de la Sierra, y la de Publio Escipión cerca de Cástulo.

Publio Cornelio Escipión fue un hombre religioso. Corrían rumores de sus “visiones” de los dioses durante el sueño, hecho que levantaba curiosidad entre la gente y causaba respeto a los soldados y al pueblo. Tito Livio (26, 19) escribe sobre el particular:

“Escipión, en efecto, no sólo fue admirable por sus verdaderas cualidades, sino también por cierta habilidad en hacer ostentación de ellas, en la que se había aleccionado desde su adolescencia; ante la multitud, procedía en la mayoría de actuaciones como si su espíritu hubiera sido aconsejado por medio de apariciones nocturnas o por inspiración divina [...] Preparando los ánimos para esto ya desde el principio, no hubo un día desde que vistió la toga viril que, antes de realizar algún acto social o privado, no fuera al Capitolio y, entrando en el templo, permanecía sentado y allí, en lugar aparte, pasara un rato casi siempre a solas. Esta costumbre que observó durante casi toda su vida, afianzó en algunos la creencia, que se divulgó intencionada o casualmente, de que este hombre era de estirpe divina, y reprodujo una leyenda, difundida antes acerca de Alejandro Magno [...] La ciudadanía, confiando en estas cosas, encomendó a una edad en absoluto madura el peso de tan enorme responsabilidad y un poder tan inmenso”.

Publio Cornelio Escipión demostró desde el primer momento tener una gran audacia, ser emprendedor y hábil. Con su sola presencia supo infundir ánimos desde el primer instante en un ejército desmoralizado y que había sido arrinconado a la región de los Pirineos (App. *Iber.* 17). La primera decisión importante de tipo militar que tomó el joven general fue muy arriesgada. Planeó apoderarse de Carthago Nova³⁶, lo cual era, efectivamente, un golpe de audacia, pues distaba 280 kilómetros de la base de operaciones romana.

Carthago Nova, como puntualiza Polibio (10, 7, 6) era el almacén del dinero y de equipajes de los tres ejércitos cartagineses operantes en la Península Ibérica (Pol. 10, 7, 4). En la ciudad se

³⁶ Sobre la topografía de Carthago Nova, ver el texto de Polibio, 10, 10, 1.

concentraban los rehenes capturados en toda Hispania, y sólo estaba defendida por mil hombres. Publio Cornelio Escipión se enteró puntualmente antes de tomar alguna decisión en este sentido, informándose no sólo de la situación de la plaza sino también de su abastecimiento, sus defensas, su entorno particular: el estero que la rodeaba, pantanoso y vadeable por muchas partes, y que a la caída de la tarde generalmente se retiraba la marea. Escipión, pues, antes de decidir el ataque estudió todas las circunstancias que podían ayudarle a él y volverse en contra del enemigo. Toda precaución era poca, pues se trataba de tomar la capital de los Bárquidas en Hispania. En siete días Escipión y su ejército se plantaron a las puertas de Carthago Nova, lo cual indica un ritmo rápido y disciplinado de marcha de tropas.

El asalto y toma de la capital guarda pocos paralelos con el asedio y caída de Sagunto por Aníbal. Ordenó el general romano a Gayo bloquear la ciudad por mar, mientras él, con 2.000 soldados, emprendió el asedio y posterior asalto de la muralla con escalas. La lucha fue feroz. P. Cornelio Escipión participó en el combate personalmente, lo cual inspiraba confianza a su gente y les animaba en el esfuerzo. Escipión, pues, como Aníbal o Alejandro, demostró valentía temeraria en el combate. Supo bien aprovechar la bajada del nivel de agua por efecto de la marea. Se logró abrir la puerta de la muralla, entrando parte de la tropa, la cual había recibido instrucciones de que mataran a los habitantes sin piedad. Es un rasgo ciertamente inhumano del general. La ciudadela fue tomada por el propio general al frente de 1.000 soldados. La ciudad quedó a merced del pillaje de los soldados romanos. El botín fue enorme (Liv. 26, 47).

Escipión enseguida tomó una iniciativa importante indicativa de su forma de entender la política militar: atraerse a las poblaciones indígenas mediante favores y promesas. Dejó en libertad a 300 rehenes con tal de que sus parientes se avinieran a establecer una alianza con el pueblo romano. Repartió joyas entre los prisioneros. A la esposa de Mandonio y a la hermana de Indíbil –ambos eran

jefes ilergetes y aliados de los cartagineses– los tomó bajo su protección directa (Pol. 10, 18). Envío a casa a la prometida del príncipe celtíbero Alucio, quien, en agradecimiento, se presentó a Escipión con 1.400 jinetes (Liv. 26, 50).

Esta política de acercamiento practicada por Escipión fue posteriormente imitada por Tiberio Sempronio Graco en la Primera Guerra Celtibérica, y por Sertorio durante la guerra que este mantuvo en Hispania³⁷, y más tarde también por Julio César. Siempre produjo excelentes resultados. El historiador Dión Casio (fr. 57, 42) escribe sobre el particular que envió a sus casas, sin rescate, a todos los rehenes, y que con esta política se ganó la adhesión de muchos pueblos y reyezuelos, entre los que cita a los ilergetes y a sus caudillos Indíbil y Mandonio. Ello puede hacerse extensivo al celtíbero Alucio (Val. Máx. 4, 3,1; Pol. 10, 37, 38), y a Edecón, rey de los edetanos, que se pasó a la causa romana en agradecimiento por la devolución de su esposa (Pol. 10, 34).

Después de la toma de Carthago Nova, Escipión pasó el invierno con su ejército en Tarraco. Al parecer puso sitio también a la ciudad de Baria (Villaricos) (Gell. 6, 1, 8; Plut. *Apoph. Scip. maior*, 3), importante por sus minas.

La obligaciones militares no le apartaban de sus obligaciones civiles, cual era la administración de la justicia. En la toma de esta plaza, “fuerte y bien provista de fortificaciones y de defensores, y abundantemente aprovisionada”, como escribe puntualmente Gelio, demostró una gran confianza en sí mismo al convocar a los litigantes en la ciudad, que aún no había sido tomada. La conquista de Carthago Nova y de Baria descubre el inteligente plan de Escipión de arrebatarse a Cartago el dominio de dos de las zonas más rentables, por sus minas y sus pesquerías, además de ocupar y

³⁷ F. García Morá, *Un episodio de la Hispania Republicanana. La Guerra de Sertorio*, Granada 1991. A. Schulten, *Sertorio*, Barcelona 1949. M.L. Neira, “Aportación al estudio de las fuentes literarias antiguas de Sertorio”, *Gerión* 4, 1986, 189-211. C.F. Konrad, *Plutarch's Sertorius*, Chapel Hill 1994.

utilizar en provecho propio el mejor puerto de toda la costa ibérica, bien comunicado con Italia y el norte de África. Dión Casio (fr. 57, 48) menciona las altas virtudes de Escipión, que era habilísimo como general, mesurado en el trato, terrible para sus enemigos, amable con sus subordinados, rápido en la victoria, y acertado en las previsiones de futuro. Y añade el historiador: “todos le veneraban como un ser superior, y los iberos le dieron el título de rey”.

Escipión fue el primer general romano que recibió el título de rey, siendo Indibil y Mandonio los primeros en proclamarle tal (Pol. 10, 38).

En el año 207 a.C. Escipión se vio obligado a penetrar en Celtiberia, pues un nuevo general cartaginés, Hannón, atravesó el Estrecho desde África con un nuevo ejército para sustituir a Asdrúbal. Unido a Magón enseguida formó un gran ejército de celtíberos. Escipión mandó contra él a M. Silano con más de 10.000 infantes y 500 jinetes. El ejército de los celtíberos se componía de 4.000 infantes y 200 jinetes. Esta tropa ocupaba la primera línea y los armados a la ligera la retaguardia. Livio (28, 12) al narrar esta lucha, describe bien la manera de combatir los celtíberos, que al ser acribillados por los dardos de los romanos, se agachaban, y después se levantaban e inmediatamente, ya de pie, acometían con las espadas. La costumbre de los celtíberos era atacar corriendo, pero en esta ocasión las asperezas del terreno no permitían correr. Murieron los celtíberos, que llevaban escudos grandes y espadas tipo céltico. Magón huyó con 2.000 infantes y toda la caballería a Cádiz. Hannón fue capturado vivo. Esta penetración romana a Celtiberia denota una gran visión militar por parte de Escipión, como fuera antes la toma de Carthago Nova y de Baria. Se trataba de penetrar y bloquear la gran cantera de reclutamiento de los cartagineses, limpiar el territorio de enemigos y tener las manos libres para llevar la guerra al valle del Guadalquivir y hacer frente al único ejército púnico que quedaba

activo en la Península a las órdenes de Asdrúbal, que huyó hacia el océano, a Gades.

La táctica del general romano consistió en diseminar el ejército por las ciudades para que se protegiesen a sí mismas tras las murallas (Liv. 28, 2, 13). Escipión demostraría una gran prudencia y una visión práctica de la nueva situación. Evitó, como dice Frontino (1, 3, 5) agotarse en el asedio de muchas ciudades, logrando así conservar mejor las fuerzas y la entereza del ejército romano. Al mismo tiempo Publio Cornelio Escipión envió un contingente de 10.000 infantes a su hermano Lucio Escipión para que sitiara Auringis, que tenía minas de plata en las proximidades. Era la ciudadela de Asdrúbal, desde donde éste iniciaba las incursiones contra los pueblos del interior. La riqueza de las minas y su situación privilegiada movieron a Escipión a tomarla (Liv. 28,3; 28, 4, 1). Fue capturado un gran número de prisioneros en la ciudad. Escipión se retiró con su ejército a pasar el invierno a Tarragona.

En el año 206 a.C. se entró en la fase final de la lucha de Escipión contra los cartagineses, que tuvo su punto culminante en la batalla de Ilipa, hoy Alcalá del Río. El ejército de Asdrúbal estaba formado por 70.000 infantes, 4.000 jinetes y 32 elefantes. Escipión había tenido buen cuidado de haberse ganado un buen número de aliados en el sur. Uno de estos cabecillas indígenas se llamaba Culcas o Culchas, reyezuelo que dominaba más de 28 ciudades (Liv. 28, 13, 5) y que aportó al ejército de Roma un contingente de 3.000 infantes y 500 jinetes, que fueron muy importante en la victoria romana.

Escipión sabía tratar muy bien a los soldados. Así lo demostró cuando el ejército, en número de 8.000 efectivos, que invernaba en Sucro, se rebeló, cundiendo la noticia de la enfermedad de su general, si bien el pretexto real era el descontento porque al parecer se difería el pago del estipendio. En esta ocasión el problema se resolvió destituyendo a los tribunos (Zon. 9, 10, 8).

Estos sucesos impulsaban a los iberos a sublevarse y a atacar las ciudades aliadas. Escipión se ganó hábilmente la simpatía y el buen ánimo de los soldados pagando el estipendio, pero de modo distinto para culpables e inocentes, previo diálogo con los soldados implicados. Las palabras y el discurso de Escipión se muestra lleno de generosidad y de benevolencia. El general quería ser amado y respetado por sus soldados, a los que pidió en este momento que le apoyaran en su candidatura al consulado, cuyo honor correspondía a todos los que habían contribuido a las victorias militares y por ende a la grandeza de Roma.

A los soldados que estaban heridos o enfermos después de la batalla de Ilipa los asentó en Itálica³⁸ (App. *Iber.* 37). La piedad de Escipión también se hizo patente respecto a sus antecesores en Hispania, su padre y su tío, ya fallecidos en las guerras, cumpliendo las honras fúnebres y organizando en su honor combates de gladiadores en los que participaron hombres de la nobleza ibérica (Lev. 28, 21; Z. 9, 10, 3)³⁹.

C. MARIO

Uno de los dos mejores generales con que contó Roma a finales de la República, C. Mario recibió sus primeras enseñanzas en los

³⁸ A. García y Bellido, *Colonia Aelia Augusta Italica*, Madrid 1979. A. Canto, "Colonia Aelia Augusta Italica. Geschichte und Archäologie", en D. Hertel - J. Untermann (Hrsg.), *Andalusien zwischen Vorgeschichte in Mittelalter*, Köln 1992, 115-137. A. Caballos, *Itálica y los italicenses*, Sevilla 1994. A. Caballos, P. León (eds.), *ITALICA MMCC*, Sevilla 1997, particularmente el trabajo de H. Galsterer, "Die Stadt Italica: status und Verwaltung", *ibid.*, 49-54. A. Caballos Rufino y otros, *Itálica Arqueológica*, Sevilla 1999. Sobre el estatuto jurídico de la ciudad, ver también: J. González, "Italica, municipium iuris Latini", *MCV* 20, 1984, 17 ss.

³⁹ J.M. Blázquez, "Ritual funerario y *status* social: los combates gladiatorios prerromanos en la Península ibérica", *Veleia* 10, 1993, 71-84, J.M. Blázquez, *Mitos, dioses, héroes en el Mediterráneo antiguo*, Madrid 1999, 341-362. Trabajo en colaboración con el prof. S. Montero.

momentos finales de la guerra numantina a las órdenes de Escipión Emiliano.

Mario destacaba por su arrojo y valor, y no vacilaba en abalanzarse con pasión sobre el enemigo. Su conducta fue conocida por Escipión, quien le premió con honores y le profetizó un futuro brillante como militar (Plut. *Mario*, 3) como digno sucesor del vencedor de Cartago (Val. Máx. 8, 15, 7). Asistió a la primea circunvalación de un general romano a una ciudad (App. *Iber.* 91), estrategia seguida luego por César en Lérida, y en Alesia en el 52 a.C., por Pompeyo en Dirrachium en el 55 a.C., y por Tito en Jerusalén en el año 70 d.C., así como por el ejército romano en el asalto de Masada. La circunvalación de una ciudad enemiga tiene precedentes más antiguo en el mundo griego, en Platea y en Siracusa. En el asedio de Numancia, por el mismo procedimiento, se utilizaron torres-atalayas para lanzar flechas, y catapultas. Rodeaban la ciudad siete campamentos que albergaban a 60.000 soldados (App. *Iber.* 92, 95-97).

En el año 114 a.C., siendo Mario pretor de la provincia Ulterior limpió de bandidos la provincia⁴⁰ (Plut. *Mar.* 6). Sin duda se trata de las razzias endémicas de los lusitanos en tierras de la Bética, ocasionadas por la falta de tierras. Estas experiencias militares en Hispania fueron buena escuela para mayores empresas de Mario, como las grandes batallas de Aquae Sextiae (102 a.C.), y de Vercellae (en el 101 a.C.). Años antes, en el 109 a.C. Mario fue legado de Cecilio Metelo Numidio en la guerra contra Yugurta. Éste era rey de los númidas y de los gétulos; participó en las operaciones de circunvalación de Numancia. Salustio (*Iug.* 7-8) ve como hecho de gran mérito la presencia de este rey norteafricano en Numancia, al frente de los númidas, por su incesante actividad y diligencia, por su disciplina y obediencia, y por su valor acudiendo muchas veces al paso de peligros. En poco tiempo alcanzó mucha fama. Fue muy querido por los romanos y causaba

⁴⁰ H. Ooteghem, *Caius Marius*, Namur 1963.

terror a los numantinos. Escipión le alabó delante de sus soldados. Años después Yugurta luchó contra los romanos en la segunda fase de la guerra contra Mario.

GNEO POMPEYO Y SERTORIO

En el año 76 a.C. llegó Gneo Pompeyo a Hispania para ayudar a Quinto Cecilio Metelo, el cual conducía en ese momento la lucha contra Quinto Sertorio. La política seguida por Sertorio (Plut. *Sert.* 14) consistió en apoyarse en los ejércitos de lusitanos y principalmente de celtíberos, a los que enseñó a luchar a la manera romana abandonando su estilo de bandoleros, que luchaban temeraria y desordenadamente, haciendo luego de ellos un ejército disciplinado que entraba en combate en el momento oportuno. Había que atacar a la cohortes romanas por partes, pues eran invencibles todas juntas. La táctica militar de Sertorio se caracterizaba por una gran audacia ofensiva (Ap. *BC.* 1, 18).

En Roma, los cónsules no se atrevían a tomar el mando del ejército “constitucional” en contra de Sertorio, en Hispania, donde Q. Cecilio Metelo había sufrido importantes derrotas. Para hacer frente a Sertorio se propuso a Gneo Pompeyo, que fue aceptado. Se le envió a Hispania en calidad de procónsul, cargo excepcional pues en realidad aún no había ejercido las magistraturas de la pretura y el consulado. Pompeyo trajo a Hispania un nuevo ejército (Ap. *BC.* 108-109; Plut. *Pomp.* 17; *Sert.* 18). Cuando Gneo Pompeyo se presentó en solar hispano, Sertorio, el general “rebelde” ya había organizado su “imperio hispano”. La Península Ibérica, pues, fue escenario de una guerra en la que se enfrentaban dos generales romanos, Pompeyo y Sertorio. Este último era tan hábil político como experimentado militar (Front. 1, 10, 1-2; Plut. *Sert.* 16; Val. Máx. 7, 36), al cual se unieron todos los habitantes al sur del Ebro.

Una de las características de Sertorio es que cuidaba muy bien a sus clientelas militares, a sus soldados los adornaba los morriones con oro y plata, les pintaba los escudos, les enseñaba el uso de mantos y túnicas, etc. En la ciudad de Osca reunió a los hijos de los personajes más notables y los educó al modo romano, poniendo a su disposición profesores griegos y romanos, para que aprendieran su lengua, sus costumbres y pudieran de ese modo participar en las instituciones de gobierno. Regaló a los jóvenes vistosos vestidos y buenas armas. Esta forma de actuar derivó en que los nobles jóvenes indígenas y los guerreros en general vieran en Sertorio a un verdadero líder, a quien se ligaban por medio de la fórmula de la *devotio*, “resueltos a hacer por él esta especie de consagración”, como escribe Plutarco. En la lucha salvaban antes la vida del general que la propia (Sal. *Hist.* 1, 125-126; App. *Iber.* 1, 108).

Una de las primeras acciones bélicas de Pompeyo fue vencer al sertoriano Perpenna. Ya desde el primer momento dio Gneo Pompeyo muestras de su habilidad militar, pues mediante una estrategia de avance y retroceso rápido y frecuente, logró pasar el río Palantia que corría por el Levante ibérico (Front. 1, 4, 8; Oros. 5, 23, 6). Sin embargo el ejército de Pompeyo fue vencido por el de Sertorio en Lauro, por una emboscada en un bosque, donde participaron diez cohortes de iberos con armamento romano. Además, reunió otras diez cohortes de iberos ligeros y 2.000 jinetes. Con esta tropa Sertorio destrozó completamente al ejército pompeyano.

Lo mismo sucedió con la legión que Gneo Pompeyo puso a las órdenes de su legado Laelio, que acudió en su ayuda (Front. 2, 5, 31; Sal. *Hist.* 2, 31; Plut. *Sert.* 18). La consecuencia de la derrota pompeyana de Lauro fue funesta, pues muchas ciudades vinculadas con Sertorio, que habían pensado pasarse a Pompeyo, ya se abstuvieron, como indica Plutarco, quien además indica (*Pomp.* 18) que les irritó mucho la toma de Lauro por Sertorio, pues creyendo tenerle cercado y habiéndose gloriado por ello, de

repente se vio encerrado y rodeado por la tropas enemigas. No se pudo mover y presencié el incendio de la ciudad. Esta derrota se vería compensada –tiempo después, como se verá– con la muerte de 10.000 soldados cerca de Valencia, así como los dos lugartenientes de Sertorio, Herennio y Perpenna.

Sertorio, según Orosio (5, 23, 6) derrotó y empujó a la huida a Gneo Pompeyo, tomando y saqueando Lauro con gran rabia. Las tropas pompeyanas vencidas fueron trasladadas a Lusitania y reducidos a la esclavitud. Gneo Pompeyo, por su parte, se retiró prudentemente a la zona pirenaica, pues quedarse en el levante ibérico hubiera sido un verdadero suicidio para sí mismo y para lo que quedaba de sus tropas.

En el invierno del 76-78, se atrevió Pompeyo a llevar la guerra a Celtiberia, que era la zona donde Sertorio se proveía de soldados, y tomó Belgida, importante plaza fuerte (Oros. 5, 23, 11). Era necesario llevar la guerra a Celtiberia, si no se hacía interminable y peligrosa. Gneo Pompeyo se percató en seguida de la situación e intentó solucionarla a su favor. Pompeyo pasó el invierno del 76-75 a.C. en Celtiberia, sin duda para afianzar su control en el corazón del territorio enemigo (Sal. *Hist.* 2, 98, 5). Sin embargo Pompeyo no podía descuidar el levante ibérico, donde había sido derrotado ignominiosamente. En la primavera del 75 a.C. avanzó por la costa levantina hasta Sucro. Los sertorianos Herennio y Perpenna esperaban en Valencia a Gneo Pompeyo, que iba camino del sur. Ambos lugartenientes de Sertorio fueron derrotados, perdiendo 10.000 hombres por cada bando. Se ha dicho que estratégicamente la batalla fue ganada por Gneo Pompeyo y por Q. Cecilio Metelo, pues al llegar éste, Sertorio, retrocedió hasta Sagunto, no presentando cara al combate (Plut. *Sert.* 19; *Pomp.* 19; Ap. *BC.* 1. 110). Pompeyo decidió tener un encuentro decisivo con el propio Sertorio más al norte, en Sucro.

En el mismo año 75 tuvo lugar otro enfrentamiento en Sagunto, que Plutarco (*Sert.* 21) y Cicerón (*Pro Balbo*) llaman “del Turia”.

Sertorio se vio obligado a combatir al verse privado del aprovisionamiento de víveres. Acampó hacia el norte, y Gneo Pompeyo y Q. Cecilio Metelo avanzaron a su encuentro desde el sur. Primero Sertorio venció al ejército de Pompeyo, que perdió 6.000 soldados, en tanto Herennio perdió 3.000. Por su parte Q. Cecilio Metelo venció a Perpenna y mató 5.000 de sus hombres. Plutarco y Apiano cuentan de modo diferente la lucha que siguió. Según Plutarco, Sertorio con los iberos atacó al ejército de Metelo, que luchó con gran valor rechazando al adversario. Según Apiano, Sertorio al día siguiente, ayudado por los iberos, atacó el campamento de Metelo pero fue rechazado por Gneo Pompeyo (Plut. *Sert.* 19, 21; Ap. *BC.* 1, 110; *Lev. per.* 92). Al cuestor de Gneo Pompeyo le sustituyó el gran legado pompeyano –y gran filólogo– M. Terencio Varrón, que compuso para su jefe un manual de navegación que quizás le fuera muy útil para la lucha contra los piratas en el Mediterráneo que llevaría a cabo más tarde por deseo expreso del senado de Roma.

Tras el dudoso resultado del encuentro de los ejércitos en Sagunto, Sertorio se quedó en esta ciudad (Plut. *Sert.* 21; Sal. *Hist.* 2, 64; Front. 1, 12, 4), llevando a cabo una guerra de guerrillas contra los pompeyanos que fueron así empujados hasta los Pirineos.

Gneo Pompeyo acampó situó su campamento en territorio vascón, en Pompaelo, ciudad fundada por él; y Q. Cecilio Metelo pasó a la Galia.

Estrabón (3, 4, 15) ha descrito bien la forma de luchar de los iberos:

“Los iberos, en sus guerras, han combatido, por así decir, como peltastas (con escudos pequeños), porque luchaban al modo de los bandoleros, armados a ligera y llevando sólo, como hemos dicho de los lusitanos, jabalina, honda y espada. La infantería llevaba también mezcladas fuerzas de caballería. Los caballos están acostumbrados a escalar montañas y a flexionar rápidamente las manos a una orden dada en el momento oportuno”.

Escribe el mismo autor, a propósito del modo de luchar de los lusitanos (3, 3, 6):

“Dicen que los lusitanos son expertos en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados. Su escudo es pequeño y cóncavo por su lado interior; lo llevan por delante suspendido por correas, y no tiene, al parecer, abrazaderas ni asas. Van armados también con un puñal o cuchillo; la mayor parte llevan corazas de lino, y pocos cotas de malla y cascos de tres cimbras. Otros se cubren con cascos cubiertos de nervios; los infantes usan perneras y utilizan jabalinas; algunos se sirven de lanzas con puntas de bronce”.

En el otoño del 75 a.C. Gneo Pompeyo volvió a Celtiberia . Asedió Clunia, defendida por Sertorio (*Lev. per.* 92). Pompeyo había calibrado bien la importancia de controlar la Celtiberia y cortar así el reclutamiento de hombres para los sertorianos. A finales de ese mismo año Pompeyo se retiró a sus cuarteles de invierno en territorio vascón⁴¹.

En el invierno del 75-74 Pompeyo envió una carta al senado de Roma quejándose de que le hubieran nombrado general pero que no hacían nada más por ayudarlo, que había gastado su dinero particular y lamentándose de que tuvo que equipar por su cuenta a un ejército en cuarenta días y que rechazó al enemigo desde los Alpes hasta Hispania; que recuperó la Galia, el Pirineo, Lacetania y las tierras de los ilergetes, que soportó a los soldados bisoños e inferiores en número asustados ante la primera embestida de Sertorio y que pasó el primer invierno rodeado de enemigos peligrosos. Participó en la toma del campamento de Sucro, en la batalla del Turia; se dio muerte a Herennio y a su ejército y se redujo la ciudad de Valencia al hambre. Comunica al senado que con sus medios económicos no podía cubrir todas las necesidades,

⁴¹ Las fuentes sobre los vascones, en J.M. Blázquez, *Nuevos estudios sobre la romanización*, Madrid 1989, 211-240. M.A. Mezquíriz, *Pompeo. La excavación estratigráfica. Pompeo I*, Pamplona 1958. Id., *Pamplona romana*, Pamplona 1977. J.J. Sayas, *Los vascos en la Antigüedad*, Madrid 1994.

pues además los ejércitos habían arrasado prácticamente las tierras de Hispania Citerior. Reconoce también que Sertorio es un magnífico general al que Q. Cecilio Metelo no pudo vencer. La misiva demuestra la gran capacidad militar de Pompeyo así como sus valores humanos. Recuerda sus triunfos y al lado la caótica situación de su bolsillo y de su crédito personal en favor del ejército. Plutarco (*Pomp.* 20) afirma tajantemente que “había gastado Pompeyo la mayor parte de su fortuna privada en la guerra”.

En el año 74 a.C. la estrategia de Gneo Pompeyo consistía en atacar las ciudades para forzar a Sertorio a entablar batalla, y la de Sertorio consistía en tratar de evitar los enfrentamientos y devastar los campos (Flor. 2, 10, 8). Este mismo año Gneo Pompeyo, siguiendo su estrategia, asedió Palantia, logró incendiar la muralla de la ciudad, que había socavado mediante troncos de árboles, pero Sertorio le obligó a abandonar el asedio (Ap. B. 1, 112). Otra estratagema de Pompeyo, indicativa de su forma de actuar en la guerra, fue la empleada en la toma de Cauca (Front. 2, 11, 2), introduciendo en ellas soldados disfrazados de enfermos que solicitaban atención médica..

Tito Livio (*per.* 93) reconoce que Sertorio tenía igual genio militar que Cecilio Metelo y que Gneo Pompeyo. Rechazo a ambos en Calagurris⁴² y obligó a Pompeyo a retirarse a la Galia. También Cicerón (*Pro Fronteio*, 16) afirma que los dos generales más famosos del pueblo romano se encontraban en Hispania. En el año 73 a.C. (Ap. BC. 1, 113) Gneo Pompeyo continuó con su táctica de asedio a las ciudades controladas por los sertorianos.

Asesinado Sertorio durante un banquete (Plut. *Sert.* 26; Sal. *Hist.* 3, 83; Diod. 37, 22; Lev. *per.* 96; App. BC. 1, 114) Perpenna intentó presentar batalla a Pompeyo, quien le venció mediante la estratagema de enviar en su contra primero una legión, y cuando Perpenna le atacó, se dispersó simulando una fuga. Después atacó

⁴² U. Espinosa, *Calagurris Iulia*, Logroño 1984, 5-17.

Pompeyo a Perpenna, que había cometido el gran error de dividir su ejército y fue vencido. Perpenna intentó salvar su vida prometiendo a Pompeyo entregar la lista de sus adversarios en Roma. Gneo Pompeyo, no quiso leer la carta (Plut. *Sert.* 20, 27); App. *BC.* 1, 115) y ordenó que Perpenna fuera eliminado antes de llegar a su presencia. Apiano señala que esta medida “pareció a todos muy prudente y añadió mucho a la gloria de Pompeyo”.

A continuación Gneo Pompeyo sometió a las ciudades de Uxama, Clunia, Calagurris (Exup. 8; Flor. 2, 10, 9). Orosio (5, 23, 14) puntualiza que antes de ser destruida por Pompeyo, Calagurris fue sitiada por Afranio. Estas ciudades habían permanecido siempre fieles a la causa y a la memoria de Sertorio. La caída de Calagurris superó a la macabra situación de los numantinos, ya que no disponían de animales, siendo imposible resistir mucho tiempo, de modo que “convirtieron en nefanda comida a sus mujeres e hijos, y para que su juventud en armas pudiera alimentarse por más tiempo de las vísceras, no dudaron en poner en sal los infelices restos de los cadáveres”.

En los Pirineos se levantó un trofeo conmemorativo de las hazañas y victorias de Gneo Pompeyo⁴³, en el cual se recordaba, en una inscripción, que había tomado 876 ciudades, lo cual era una manifiesta exageración, pues se llamaba “ciudad” a lo que posiblemente eran simples aldeas o poblados. Un tipo de exageración en el relato de las victorias, con el fin de ensalzar a un personaje notable, tenía precedentes en el caso de Lucio Emilio Paulo, el procónsul de la provincia Ulterior⁴⁴, del que se afirmaba que en el año 189 a.C. (Plut. *Aem.* 4, 3) había conquistado 250 ciudades; y Tiberio Graco –dice Polibio– destruyó 300 ciudades

⁴³ C. Castelló, J.M. Nolla, I. Rodà, “La identificación de los trofeos de Pompeyo en el Pirineo”, *JRA* 8, 1995, 5 ss.

⁴⁴ Cf. A. Canto, “Un nuevo documento de Paulo Emilio en la Hispania Ulterior; CIL I, 546 = CIL II, 1119”, *Epigraphica* 47, 1985, 9-19.

“dando el nombre de ciudad a simples torres, como se suele hacer en las pompas fúnebres” (Str. 3, 4, 13).

AFRANIO Y TERENCEO VARRÓN

A las órdenes de Gneo Pompeyo militaron en la guerra sertoriana dos personajes, ya citados, que intervinieron con mayor protagonismo en la Guerra Civil entre Julio César y Pompeyo. Nos referimos a Afranio y a Terencio Varrón.

Antes de esta contienda, a Afranio –que había sido legado de Pompeyo en la guerra sertoriana– le fue confiado el gobierno de una provincia hispana, pues parece haber triunfado en el año 70 a.C. según se deduce de un texto de Cicerón (*in Pisonem*, 58). El consejo y los habitantes de Valencia (*CIL IX*, 5275; *ILS*, 878) dedicaron a Afranio, cónsul en el 60 a.C. una lápida recordando su victoria en Sucro en el 75 a.C. o por haber estado como legado de Gneo Pompeyo en Hispania en el año 55 a.C. Poco después, en el 49, en plena Guerra Civil Afranio mandó tres legiones, y Varrón dos.

El plan de lucha consistía en que Afranio se uniera a Petreyo, que controlaba la Lusitania⁴⁵ y la Vettonia⁴⁶ para combatir juntos a César, mientras Varrón defendía la Bética.

Petreyo exigió a los lusitanos que le proporcionaran caballerías y tropas auxiliares. Lo mismo hizo Afranio con los celtíberos, y

⁴⁵ M. Almagro-Gorbea, A.M. Martín, *Castros y Oppida en Extremadura*, Madrid 1994.

⁴⁶ J.R. Álvarez, *Los Vettones*, Madrid 1999. M. Salinas, *Los vettones. Indigenismo y romanización en el Occidente de la Meseta*, Salamanca 2001. E. Sánchez, *Vettones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*, Madrid 2000. Sobre Carpetania, también mencionada en las campañas de Aníbal, M.P. González-Conde, *Romanidad e Indigenismo en Carpetania*, Alicante 1987. D. Urbina, “Carpetania Romana y los carpetanos indígenas: tribu, etnia, nación o el país de los escarpes”, *Gerión* 16, 1998, 183-208. J.Alvar, C. Blánquez (eds.), *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*, Toledo 1990.

con los cántabros, cuyas tribus ocupaban las tierras del norte hasta el océano. Ambos generales eligieron Ilerda como teatro de operaciones bélicas, con el fin de taponar el paso hacia Hispania del ejército cesariano (Caes. *BC.* 1, 38, 1-4). En total sumaban 5 legiones, 30 cohortes auxiliares, es decir, 15.000 hombres, de los que una parte procedían de la Citerior, soldados armados con el escudo alto de gran tamaño, y otra parte procedía de la Ulterior y de Lusitania, pertrechados generalmente con la pequeña rodela ibérica. Además contaban con 5.000 jinetes. En total sumaban 40.000 soldados (Caes. *BC.* 1, 39, 1-4). Afranio ocupó Ilerda. César (*BC.* 1, 44) ha descrito bien cómo combatían los hombres de Afranio:

“El modo de combatir del adversario consistía en lanzarse primeramente al ataque con gran ímpetu y ocupar audazmente una posición, sin guardar muy estrictamente el orden y luchando individualmente y en dispersión; si eran acosados, no juzgaban vergonzoso retirarse y ceder terreno, acostumbrados en sus constantes encuentros con los lusitanos y otros pueblos bárbaros a un cierto género bárbaro de lucha; ya que es cosa corriente que el soldado sea influenciado por las particularidades de los países donde ha permanecido. Este sistema perturbó en aquella ocasión a los nuestros, no acostumbrados a esta manera de luchar; al verlos adelantarse en dispersión temieron ser desbordados por el flanco descubierto; pero ellos tenían entendido que debían conservar la formación sin apartarse de las enseñas, y que sin causa grave no podían abandonar la posición que hubiesen ocupado. Y así, desbaratadas las primeras filas, la legión que se había colocado en esta ala cedió y se replegó a la colina próxima”.

César se presentó con seis legiones e intentó presentar batalla a Afranio, que no aceptó, pues su táctica militar era defensiva (Caes. *BC.* 1, 41, 1-6). Afranio levantó su campamento en un cerro, situado a 600 metros de Ilerda. Avanzó y colocó su ejército en la falda de la loma para tener una posición dominante, pero César no le atacó. Afranio adelantó algo más sus posiciones para impedir que César levantara su campamento (Caes. *BC.* 1, 42, 1-4).

César, con un golpe de mano audaz, intentó aislar en Ilerda a Afranio, pero éste ocupó antes un cerro que César (Caes. *BC.* 1, 43, 1-5), después lo fortificó (Caes. *BC.* 1, 47, 2). Afranio estaba muy bien aprovisionado, mientras que la situación de César era desastrosa (Caes. *BC.* 1, 49, 1).

Afranio atacó a un gran convoy que llegaba desde la Galia, pero los galos lo defendieron con gran valor (Caes. *BC.* 1, 51). Estos galos que llevaban provisiones a César eran arqueros y jinetes, con muchos carros y bagages, unos 6.000 hombres de todas las clases con sus esclavos y sus hijos, sin orden ni mando definido. Había muchos jóvenes de buenas familias, hijos de senadores de la ciudades, embajadores de las tribus y legados de César. A todos detuvo la crecida de un río. Afranio, con la caballería y tres legiones, les atacó cuando estaban desprevenidos lanzando delante su caballería. Los jinetes galos entablaron combate y se defendieron con valor.

El conocimiento de la desastrosa situación de César favoreció a Afranio y a la causa de Pompeyo (Caes. *BC.* 1, 1-2). César encontró una solución táctica propia de su genio militar: logró desviar parte del cauce del río Segre. Afranio tenía la posibilidad de cortar así sus movimientos (Caes. *BC.* 1, 2-3) y aislar las ciudades que eran aliadas de Pompeyo desde las guerras sertorianas, que estaban obligadas con él ya sea por lazos de amistad o por temor, en tanto que César era prácticamente desconocido.

Afranio y Petreyo intentaban pasar el Ebro cerca de Octogesa (Caes. *BC.* 1, 63, 3). Tras una serie de peripecias, perseguido Afranio por la caballería de César, decidió retroceder a Ilerda (Caes. *BC.* 1, 78, 1). Ante la falta de víveres, y fracasado el plan de cruzar el río Segre, finalmente Afranio se rindió a César (Caes. *BC.* 1, 86). Los que tenían posesiones en Hispania fueron licenciados inmediatamente. La generosidad, y no la venganza, es un rasgo de la personalidad de César como militar.

Poco después César se dirigió a la Bética para enfrentarse a Terencio Varrón, quien desde los primeros momentos no tenía claro si optar por la causa cesariana o por la pompeyana (Caes. BC. II, 17-20), pero que, habiendo conocido el éxito inicial de Afranio, se inclinó por el bando pompeyano. Las ciudades de Córdoba, Gades e Hispalis se adhirieron a César, lo que obligó a Terencio Varrón a entregarse. Así termina la participación de estos dos personajes, que se habían formado militarmente durante la guerra de Sertorio y que en la Civil desempeñaron un papel de mucha importancia. Las guerras en Hispania habían sido su escuela, y, en este caso, en Hispania acabaron sus carreras militares. Afranio se encontró frente a un verdadero genio de la guerra (César), que salía a flote incluso en las situaciones más adversas, como Alesia, Ilerda y Munda. Afranio, sin embargo, no supo aprovechar su oportunidad ante la debacle en que se encontraba Cesar en Ilerda, por falta de alimentos y por la crecida de los ríos. César demostró en la campaña una gran valentía y rapidez de movimientos, y un gran sentido de orientación. La Bética la conquistó sin lucha. Pero en ocasiones como la citada de Ilerda, si no se aprovechan pueden significar, como sucedió a Afranio, la muerte.

PRIMERAS GUERRAS DE JULIO CÉSAR EN HISPANIA

César también se había formado militarmente en Hispania⁴⁷, si bien a una edad relativamente avanzada para la milicia, pues tenía 40 años. La primera vez que estuvo en Hispania, como cuestor, fue en el año 69 d.C. Demostró su gran ambición al romper en lágrimas delante de la estatua de Alejandro Magno, colocada en el *Heracleion* gaditano, asegurando que el rey macedón había

⁴⁷ Sobre la figura de César como soldado: J.F.C. Fuller, *Julius Caesar. Man, Soldier & Tyrant*, Hertfordshire 1998. Y. Le Bohec, *César chef de guerre*, París 2001.

conquistado el mundo siendo muy joven y que él aún no había hecho nada.

Los sacerdotes del templo le conformaron su futura grandeza (Suet. *Caes.* 7; Dio Cass. 37, 52). No parece que en esta primera estancia, siendo cuestor a las órdenes de Antistio Vetus, participara en acciones bélicas. Veleyo Patérculo (2, 43, 4) escribe que desempeñó la pretura y la cuestura con admirable pericia y habilidad; y el autor del *De bello hispaniense*, que consideró a Hispania como una provincia cesariana, a la que llenó de beneficios.

Su primer contacto con la guerra data del 61-60 a.C. cuando fue elegido pretor en Hispania con facultad de hacer la guerra cuando fuera necesario (App. *Iber.* 10, 2). Según Apiano (*BC.* 2, 8) “reunió un ejército y marchó contra los pueblos hispanos, atacándolos uno a uno hasta hacer tributaria de Roma a Hispania entera, enviando mucho dinero a la Urbs para el erario público”. Suetonio (*Caes.* 18) escribe “que salió (de roma) contra toda costumbre y ley antes de que se distribuyeran las provincias”. Plutarco (*Caes.* 12), por su parte, recuerda que “desplegó en Hispania una gran actividad; en pocos días añadió 10 cohortes a las 20 que tenía antes; marchó contra los galaicos y lusitanos, y los venció, llegando hasta el océano, y sometió a pueblo que hasta entonces no habían obedecido a los romanos”. Esta prisa en hacer la guerra obedecía a la necesidad en que se encontraba de pagar a los acreedores, que trataron de impedir que saliera de Roma. Craso salió como fiador de César (Plut. *Caes.* 11). Dión Casio describe brevemente la acción militar de César. Señala, en primer lugar, su deseo de gloria y su ambición; la admiración, cercana a la envidia, que sentía hacia Pompeyo y los generales que habían conseguido fama; su deseo de realizar una gran empresa, y que le era imposible vivir en paz. Dión hace, pues, un excelente retrato de César, con frases cortas y certeras.

Se dirigió César al monte Herminio y allí ordenó a sus habitantes que se trasladaran a la llanura, medida que solían tomar los generales con los pueblos insurrectos, como medida de precaución, tal como hizo Augusto con los cántabros y astures (Flor. 2, 33, 53) para evitar que se escondieran en lugares poco accesibles y se dedicaran al bandidaje. En realidad lo que buscaba César con esta acción era un *cassus belli* para someterlos, como así hizo. Algunos pueblos vecinos enviaron a sus mujeres, niños y objetos de valor al otro lado del Duero. Ocupó su territorio y les persiguió hasta derrotarlos, sin dejarse engañar cuando trataron de entretenerle poniendo a su fácil alcance los rebaños de ganado. Derrotó luego a los habitantes del monte Herminio, que se había sublevado, persiguiéndolos hasta la costa del mar. Ellos se refugiaron en una isla. César no se amilanó; su audacia y su valentía eran grandes. Improvisó unas balsas, en las que embarcó a parte de su ejército para cruzar el mar, pero perdió buena parte de su gente. No se desanimó por el fracaso del primer intento –otro rasgo de su carácter– e impartió órdenes de mayor calado: mandó traer desde Cádiz unas naves, con las que alcanzó con su ejército la isla donde se refugiaron los rebeldes y los sometió sin presentar combate.

Navegó después hasta Brigantium, y las naves asustaron mucho a los habitantes, pues no habían visto nunca embarcaciones de ese calado y tamaño, y les obligó a retirarse (Zon. 10, 6). Suetonio (*Caes.* 54) puntualiza que saqueó como enemigas a algunas ciudades de los lusitanos, a pesar de que no había desobedecido sus órdenes.

César necesitaba prestigio militar y mucho dinero para pagar sus deudas en Roma. Consiguió ambas cosas. Sus victorias en Hispania le permitieron obtener el consulado. La campaña de César en Galicia tuvo un precedente en la de Bruto Galaico del año 136 a.C. (App. *Ib.* 73-75; Str. 3, 3, 1-2; Val. Máx. 6, 4; Liv. *per.*

55-56; Flor. 1, 33, 12; Plut. *Quaest. rom.* 34; Eutr. 4, 19)⁴⁸. Orosio puntualiza (5, 5, 12) que derrotó a 60.000 galaicos que acudían en auxilio de los lusitanos en una batalla encarnizada y difícil, a pesar de sorprenderlos inesperadamente. Murieron 50.000 y 6.000 fueron hecho prisioneros. Estas cifras pueden estar infladas pues el noroeste hispano estaba muy poblado (Str. 3, 3-5)⁴⁹. Las armas de los pueblos del noroeste están representadas en las esculturas de guerreros. La epigrafía romana, dentro y fuera de la Península Ibérica ha dejado muchos testimonios de cuerpos de tropas auxiliares al servicio de Roma. La ocupación militar en Galicia, como en todas las regiones periféricas del Imperio romano, fue un factor importante de romanización⁵⁰.

La experiencia militar de César en esta guerra contra galaicos y lusitanos fue importante en la formación de su carrera militar. Era la primera vez que participó en una guerra. Esta experiencia militar no fue probablemente muy útil para la conquista de Galia y de Britania, por ser más llanas, pero sí para la Guerra Civil, en los alrededores de Ilerda, y más aún cuando el ejército de Afranio luchaba según la táctica de los indígenas.

Lépido, el triunviro del 43 a.C., que procuró a César en el 49 a.C. la dictadura, recibió de manos de César en el año 48 a.C. el gobierno de la Hispania Citerior⁵¹, después de su pretura, alcanzando el triunfo a pesar de no haber luchado contra nadie. No envió dinero a Roma, salvo el robado a los aliados (Dio Cass. 43,1).

⁴⁸ A.M. Romero, X.M. Pose, *Galicia nos textos Clásicos*, A Coruña 1988.

⁴⁹ Sobre los pueblos del noroeste y sus principales ciudades: E. Rodríguez Colmenero y otros, *Lucus Augusti, Urbs Romana. Los orígenes de la ciudad de Lugo*, Porta Miña 1995. A. Rodríguez Colmenero (coord.), *Lucus Augusti. I. El amanecer de una ciudad*, A Coruña 1996. Sobre los guerreros del noroeste: A. Coelho Ferreira da Silva, *A cultura castreja no noroeste de Portugal*, Paços da Ferreira 1986, 291-294, láms. IX, CXXXIX, CXLIV.

⁵⁰ N. Santos Yanguas, *El ejército y la romanización de Galicia*, Oviedo 1988.

⁵¹ M.P. Galve, *Lépido en España. Testimonios*, Zaragoza 1974.

AUGUSTO Y LAS GUERRAS CÁNTABRAS

En los primeros momentos de las Guerras Cántabras, Augusto dirigió en persona las operaciones. En el año 25 a.C. estando Augusto al frente de sus tropas, enfermó y hubo de retirarse a la capital de Hispania, Tarragona, a donde llegó a finales del año 27 a.C. (Dio Cass. 53, 25).

El historiador Dión Casio describe bien la manera de combatir de los cántabros⁵² y astures⁵³. Su táctica consistía en no acercarse al ejército romano, resguardándose siempre en los picachos. Conscientes de su inferioridad numérica, evitaban ponerse a su alcance. La mayoría de ellos usaban armas arrojadas, ocasionando además muchas molestias si alguna vez se ponía en camino, ocupando los lugares favorables y emboscándose en las hondonadas y en las selvas. Por eso se encontró con tantas dificultades. La guerra contra los cántabros y contra los ilirios en el 35-33 a.C. son las únicas que dirigió Augusto personalmente contra pueblos bárbaros.

Las armas de los cántabros y de los astures, se representan en denarios de Augusta Emérita, con casco, *bipennis* y espada, así como en la estela gigante de Zurita, con jinete y dos infantes con grandes escudos redondos. Tanto César como Augusto crearon

⁵² M.A. Guinea y otros, *Historia de Cantabria. Prehistoria, Edades Antigua y Media*, Santander 1983. M.A. Rabanal, *La romanización de León*, León 1990. J. González Echegaray, *Los cántabros*, Madrid 1986 (2ª edic.). J. García Iglesias, J.A. Muñozs (eds.), *Regio Cantabrorum*, Santander 1999. E. Peralta, *La Cantabria pre-romana*, Madrid 1999. AA.VV., *Cántabros. La génesis de un pueblo*, Santander 1999.

⁵³ Sobre las guerras contra cántabros y astures: A. Schulten, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid 1962. E. Martino, *Roma contra cántabros y astures. Nueva lectura de las fuentes*, Santander 1982. C. Fernández Ochoa, *Asturias en la época romana*, Madrid 1982. N. Santos Yanguas, *La romanización de Asturias*, Oviedo 1992. M. Fernández-Miranda, C. Fernández Ochoa, *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio*, Oviedo 1995. Sobre la participación de astures en el ejército romano: N. Santos Yanguas, *El ejército romano y la romanización de los astures*, Oviedo 1981.

gran cantidad de colonias con soldados licenciados de sus ejércitos⁵⁴, a los que lógicamente se les repartieron parcelas de tierra. Antes lo había hecho Gneo Pompeyo con los vascones en Convenae (Isid. *Etym.* 9, 2, 107).

Durante la conquista romana de Hispania siempre hubo asentamientos militares. Así, en Itálica, por Escipión el Africano en el año 206 a.C.; Colonia Latina Libertinorum Carteia, con 4.000 soldados romanos con mujeres e hijos, por L. Canuleyo en 171 a.C.; Valentia, en 138 a.C., con veteranos que lucharon contra Viriato; Colonia Metellinensis, en 79 a.C., posiblemente con veteranos de la guerra sertoriana, por Q. Cecilio Metelo; Colonia Iulia Romula Híspalis, colonia cesariana o augustea⁵⁵; Emporiae, con posibles asentamientos militares de César después de vencer a los hijos de Pompeyo; Colonia Urbs Iulia Nova Carthago, con asentamientos legionarios después de Actium; Colonia Iulia Gemella Acci, con veteranos de las legiones I y II en tiempos de Augusto; Colonia Augusta Firma Astigi, posible colonia militar en origen; Colonia Caesar Augusta, con soldados de las legiones III, VI y X, de época de Augusto; Colonia Augusta Emérita, con veteranos de las legiones V *Alaudae* y X *Gemina*, año 25 a.C.; Colonia Iulia Ilici Augusta, año 42 a.C., con veteranos; Pax Iulia, posible *praesidium* militar en origen, de César; Scallabis *praesidium Iulium*, militar en origen; Colonia Augusta Gemella Tucci, con posibles asentamientos de dos legiones, de época de Augusto.

⁵⁴ A. García y Bellido, "Las colonias romanas de Hispania", *AHDE* 19, 1959, 447-512.

⁵⁵ S. Ordoñez Agulla, *Primeros pasos de la Sevilla romana (siglos I a.C. - I d.C.)*, Sevilla 1998, 49 ss. sobre el problema de la "doble fundación", y pp. 167 ss. sobre la aportación de nuevos colonos en época de Otón. Para las fuentes sobre Híspalis, véase: A. Díaz Tejera, *Sevilla en los textos clásicos greco-latinos*, Sevilla 1982.

Agradezco a los Dres. J. Cabrero y S. Perea Yébenes la información de algunas referencias bibliográficas, que han sido incorporadas aquí.

Antes de cerrar este estudio cabe mencionar alguna otra intervención de grandes generales romanos que se formaron y se curtieron militarmente en las guerras de Hispania. Así, en los años 191-190 a.C., estuvo en Hispania, en calidad de procónsul, Lucio Emilio Paulo, el futuro vencedor de Perseo en 168 a.C. (Liv. 36, 2, 6; Plut. *Aem. Paul.* 4; Liv. 37, 46, 7). La actuación militar de este general no fue muy afortunada. Se libró una batalla contra los bastetanos cerca de la ciudad de Lycón, donde perecieron 6.000 soldados romanos. El resto del ejército, aterrorizado y agobiados dentro del parapeto, apenas pudo defender con mucha dificultad el campamento, ganando luego a marchar forzadas, como si se tratara de una huida, el territorio de los aliados.

Craso, el jefe de los publicanos, que formó el primer triunvirato con César y Pompeyo, se había refugiado durante casi un año en Hispania (Plut. *Caes.* 4-6), de la que P. Craso, su padre y cónsul en el 97, había triunfado, lo que indica que debió luchar contra los lusitanos que saqueaban la Bética. Craso estuvo oculto en una cueva ocho meses, al sur de Hispania, después de la muerte de Cinna. Los naturales acudieron a él, en número de 2.800; recorrieron las ciudades y saquearon Málaga.

El futuro emperador Tiberio hizo el primer servicio militar en la guerra contra los cántabros en 26-25 (Suet. *Tib.* 9).

Excepto Sila, que no estuvo en Hispania, los grandes generales de finales de la República romana se formaron militarmente, así como en las tareas de gobierno, en las contiendas que tuvieron a Hispania como teatro de operaciones.